

ΩMEGA ΑΠΟΣΤΑΣÍΑ Y LAODICEA

DENNIS SMITH

Tabla de contenido

<i>Nota del Autor</i>	4
<i>Introducción</i>	5
El Horario Profético de Dios	6
Un Llamado de Dios	8
<i>Alfa y Omega de la Apostasía</i>	11
<i>Visión general del mensaje a Laodicea</i>	15
<i>La Apostasía Omega</i>	19
La Acusación de Satanás	19
Cristo Vindicó a Dios y Demostró que Satanás Estaba Equivocado	20
Dios Usa Su Iglesia para Vindicar a Dios y Demostrar que Satanás Está Equivocado	20
La Comprensión de Elena G. de White	22
El Misterio de Dios	23
El Peligro de la Apostasía Omega	24
El Engaño de Satanás	26
<i>El Propósito de Dios al Llamar a la Iglesia Adventista a la Existencia</i>	29
La Importancia del Mensaje de 1888	32
Una Gran Decepción	33
Un Tiempo de Preparación	35
Los Engaños de Satanás	37
<i>El «Colirio» del Espíritu</i>	39
<i>La Vestidura Blanca – La Justicia Justificadora de Cristo</i>	50
La Condición del Hombre	50
Un Error Fatal	51
El Don de Jesús	53
<i>La Vestidura Blanca – La Justicia Santificador de Cristo</i>	55
Justicia por Obras – La Respuesta Natural del Hombre	55
Nuevo Pacto – La Justicia de Dios	57
El Evangelio de la Liberación del Pecado	60
Fe Santificadora	63

La Lucha de la Entrega _____	66
¿Cómo Puede Ocurrir en Tu Vida? _____	68
Un Proceso _____	71
Cristo Espera un Remanente Victorioso _____	72
El Engaño de Satanás _____	74
<i>El Oro</i> _____	77
<i>Laodicea y las vírgenes prudentes e insensatas</i> _____	81
Las vírgenes insensatas _____	81
Las vírgenes prudentes _____	82
<i>¿Quién recibe la lluvia tardía del Espíritu?</i> _____	86
La profecía de Joel sobre la lluvia _____	86
La experiencia necesaria para beneficiarse de la lluvia tardía _____	87
La victoria sobre el pecado es necesaria _____	91
Nuestra Gran Necesidad _____	94
<i>Conclusión</i> _____	96
Sobre el Autor _____	98

Nota del Autor

Hoy Dios está llamando a Su pueblo a salir de su condición laodicense. Este libro presenta la urgencia de responder a este llamado. Usted aprenderá cómo permitir que Jesús entre plenamente en su vida y cómo recibir la perspicacia espiritual que debe tener en estos últimos días al *comprar* de Dios el *colirio* que Él ofrece. También se presenta el *vestido blanco* de la justicia justificadora y santificadora de Cristo. Asimismo, el *oro* del carácter de fe y amor de Cristo debe ser recibido para estar listo para la segunda venida de Cristo.

Satanás ha hecho y está haciendo todo lo que está en su poder para mantener al pueblo de Dios en su condición laodicense. Porque él sabe que si no comprenden y reciben el llamado de Dios en su corazón, no saldrán de Laodicea y no estarán listos para el regreso de Cristo.

Este libro desvela la apostasía *omega* de Satanás, la cual tiene como objetivo mantener al pueblo de Dios en Laodicea. Al leer este libro, usted comprenderá qué es la apostasía *omega* de Satanás y podrá discernir los métodos que él está utilizando hoy para propagar su engaño.

Personalmente, creo que el material presentado en este libro es de tal importancia en este momento de la historia mundial y de la historia de la denominación Adventista del Séptimo Día que he decidido ofrecerlo al lector de forma gratuita. También puede compartirlo con otros utilizando cualquier medio que le sea más accesible: copia electrónica por correo electrónico o imprimiendo el libro y enviando una copia por correo.

Mi oración y deseo es que las verdades bíblicas presentadas en este libro resulten ser una bendición tan grande para el lector como lo han sido para mí. Estoy convencido de que el Señor viene pronto y que las enseñanzas bíblicas de este libro son importantes de comprender y experimentar para estar listo para Su aparición.

Introducción

Todo estudiante de la Biblia sabe que los acontecimientos que tienen lugar hoy en la tierra indican que la venida de Cristo es inminente. Desastres naturales, guerras, hambrunas, ataques terroristas y enfermedades, todo indica que el tiempo se está agotando (Mateo 24:4-33). A veces, los acontecimientos son tan terribles y destructivos que uno podría concluir que las cosas están fuera del control de Dios. Sin embargo, ese no es el caso. Dios es soberano. Él reina en el cielo y en la tierra (1Crónicas 16:31). Nada sucede sin su permiso. Dios incluso establece y depone reyes y gobernantes (Daniel 2:21). El hombre y la naturaleza están bajo su soberano dominio.

Algunos argumentarán que siempre ha habido este tipo de eventos terribles. Eso es cierto. Sin embargo, hoy son diferentes. Están ocurriendo con mayor frecuencia y son más graves. Pablo describe nuestro tiempo con las palabras:

«que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán.»
(1 Tesalonicenses 5:3)

Las destrucciones vienen como los dolores de parto a la mujer que está por dar a luz. Los dolores se vuelven más frecuentes y más intensos. Así ocurre con las destrucciones que hoy vienen sobre la tierra. Son más frecuentes y más destructivas. El terremoto y tsunami frente a las costas de Indonesia afectó a más países y mató a más personas que cualquier desastre natural registrado en la historia. No mucho después, Japón fue golpeado por un gran terremoto y tsunami. El huracán Katrina trajo más devastación que cualquier huracán anterior en los Estados Unidos. Luego, el huracán Sandy devastó el noreste de EE. UU. Pakistán experimentó su peor terremoto. Creo que hemos llegado al tiempo que Elena G. de White describió en sus escritos.

"Vendrán calamidades —calamidades de lo más terribles, de lo más inesperadas—; y estas destrucciones se seguirán unas a otras." Evangelismo, p.27

"¿Crees que el Señor viene, y que la última gran crisis está a punto de desatarse sobre el mundo?" Special Testimonies on Education, p.132

"Pronto habrá un cambio repentino en los designios de Dios. El mundo, en su perversidad, está siendo visitado por calamidades —por inundaciones, tormentas, incendios, terremotos, hambrunas, guerras y derramamiento de sangre. El Señor es tarde para la ira y grande en poder; sin embargo, no absolverá de ningún modo al impío. «El Señor tiene su camino en el torbellino y en la tempestad, y las nubes son el polvo de sus pies.» ¡Oh, que los hombres pudieran entender la paciencia y la longanimidad de Dios! Él está refrenando sus propios atributos. Su poder omnípotente está bajo el control de la Omnipotencia. ¡Oh, que los hombres entendieran que Dios se niega a ser cansado por la perversidad del mundo, y todavía extiende la esperanza de perdón incluso a los más indignos! Pero su paciencia no continuará siempre. ¿Quién está preparado para el cambio repentino que tendrá lugar en el trato de Dios con los hombres pecadores? ¿Quién estará preparado para escapar del castigo que ciertamente caerá sobre los transgresores?" Ibid 134

Estamos viendo estas cosas suceder ante nuestros propios ojos hoy. Estamos viendo el *cambio repentino en el trato de Dios* con los hombres pecadores. Es urgente que sepamos en qué momento del tiempo estamos viviendo. Debemos saber qué hora ha marcado el reloj profético de Dios. Nuestro destino eterno depende de ello. Necesitamos líderes espirituales que tengan «entendimiento de los tiempos, para saber lo que Israel debía hacer...» (1Crónicas 12:32).

El Horario Profético de Dios

Dios tiene un horario o un reloj profético divino para los acontecimientos de la historia de la tierra. Dios le dijo a Abraham que sus descendientes serían cautivos en una tierra extranjera (Génesis 15:13-14). La Palabra de Dios se cumplió tal como lo predijo. Israel, los descendientes de Abraham, se convirtieron en esclavos cautivos en Egipto. Lucharon en Egipto durante más de 400 años. Entonces el reloj profético de Dios marcó la hora de su liberación. La Palabra de Dios nos dice: «El tiempo que los hijos de Israel

habitaron en Egipto fue cuatrocientos treinta años. Y pasados los cuatrocientos treinta años, en el mismo día todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto.» (Éxodo 12:40-41, RVR1960)

La frase *el mismo día* indica que la liberación de Israel tuvo lugar en el momento exacto que Dios había preordenado. El reloj profético de Dios marcó la hora para la liberación de Israel de Egipto.

Israel entró en otro cautiverio cientos de años después. Debido a sus transgresiones contra Dios, Él permitió que fueran derrocados por la nación de Babilonia y muchos fueron llevados cautivos por su enemigo. De nuevo, Dios predijo cuánto duraría el cautiverio. Debían permanecer en cautiverio durante 70 años (Jeremías 25:12). Cuando los 70 años se cumplieron y el propósito de Dios se realizó, Él abrió el camino para que su pueblo regresara a Jerusalén y reconstruyera su ciudad y nación.

Pasaron cientos de años e Israel anhelaba ver el cumplimiento de la promesa de Dios de un Mesías venidero. Muchas profecías del Antiguo Testamento dieron descripciones muy específicas de su venida y misión. El apóstol Pablo escribe sobre el primer advenimiento de Cristo con las palabras: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley,» (Gálatas 4:4, RVR1960)

La Palabra de Dios es clara. Jesús vino justo a tiempo; en el cumplimiento del tiempo. Jesús vino cuando el reloj profético de Dios marcó la hora de su venida. En Daniel capítulo nueve, Dios incluso predijo la fecha del bautismo y la muerte de Cristo. De nuevo vemos que Dios tiene un horario muy específico para los acontecimientos de la historia de la tierra.

Nada sucede en esta tierra al azar. Todo está preordenado por Dios. Nada está fuera de su control. Por eso es verdadera la promesa de Dios que dice: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.» (Romanos 8:28, RVR1960). Si todas las cosas no estuvieran bajo el control de Dios, Satanás se encargaría de que nada saliera bien para aquellos que aman a Dios. Dios tiene un propósito en todo lo que permite; incluso en las cosas que parecen tan terribles desde nuestra perspectiva. Recordemos que Dios nos dice: «Porque

mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.» (Isaías 55:8-9, RVR1960)

Lo mismo ocurre con la segunda venida de Cristo. Desde la eternidad pasada, el Padre ha conocido y preordenado ese gran evento culminante de la historia de la tierra (Mateo 24:36). Cristo regresará en el *día y hora* exactos que el Padre ha ordenado su regreso. Mi convicción personal es que el *día y hora* del regreso de Cristo está muy cerca. Sin embargo, algo tiene que suceder al pueblo de Dios antes de que tenga lugar ese evento; algo que los preparará para «mantenerse en pie» en ese día (Apocalipsis 6:17). La generación de cristianos que viva cuando Cristo venga podrá permanecer en la presencia de Cristo en toda su gloria y no será consumida, mientras que todos los que los rodean serán «destruidos por el resplandor de su venida» (2Tesoros 2:8). Serán como ninguna otra generación de cristianos que haya caminado sobre esta tierra.

Un Llamado de Dios

Hoy, el reloj profético de Dios ha marcado la hora en que Él está llamando a la existencia a esa última generación de cristianos; su pueblo remanente. Él los está llamando a salir de su condición laodicense. Él los está llamando a prepararse para la segunda venida de Cristo.

Hoy, Dios está llamando a su pueblo a ser como su hijo Jesús. ¿Por qué es tan importante este llamado? Si no atendemos este llamado, no estaremos listos para el regreso de Cristo. El apóstol Juan nos dice:

«Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es.» (1Juan 3:2)

La palabra griega traducida como «*semejantes*» en este versículo es «*homoios*», que significa uno y lo mismo. Significa que aquellos listos para encontrarse con Jesús corresponderán en naturaleza (2Pedro 1:4), serán los mismos en conducta, carácter, autoridad, dignidad y poder (Juan 14:12; Lucas

10:19). Es urgente que comprendamos esta verdad. Solo sabiendo a dónde quiere llevarnos el Señor podremos cooperar con Él en nuestro viaje. Este versículo en 1Juan nos dice que Dios quiere hacernos "*simplemente como Jesús*". No debemos ser *un poco* como Jesús o meramente *similares* a Jesús. ¡Hemos de llegar a ser *exactamente como Él!* Son *exactamente como Jesús* porque han aprendido a dejar que Jesús viva su vida y ministerio en y a través de ellos. Son *exactamente como Jesús* porque es Jesús quien se ve al 100% en su vida.

Esta es la generación que Dios está llamando a la existencia hoy; la generación de cristianos que llegará a ser *exactamente como Jesús*. Ellos son los que darán los mensajes de los tres ángeles con poder. Serán el verdadero pueblo «*remanente*» de Dios; justo como la iglesia primitiva descrita en el libro de los Hechos. Ellos superarán victoriósamente la crisis final (tiempo de angustia) y se mantendrán en la carne en la presencia de Jesús en toda su gloria cuando Él venga y no serán consumidos. Sin embargo, para que esto suceda, deben comprender el mensaje de Dios a Laodicea (Apocalipsis 3:14-22), y permitir que Dios produzca el cambio necesario descrito en ese consejo.

Satanás sabe todas estas cosas. Por lo tanto, como siempre, ha ideado un plan y lo está llevando a cabo para obstaculizar la obra que Dios quiere realizar en la vida de su pueblo. Vemos esto claramente en nuestra historia denominacional. En los días de Elena G. de White, Satanás trabajó a través del Dr. Kellogg y las enseñanzas presentadas en su libro, *Living Temple*, para tratar de alejar al pueblo de Dios de las creencias fundamentales de esta denominación. Elena G. de White llamó a esto el «*alfa*» de los esfuerzos de Satanás para introducir la apostasía en la denominación. Ella advirtió que un «*omega*» vendría en el futuro.

Dios trajo una verdad importante a esta denominación a través de Jones y Waggoner en la Sesión de la Asociación General de 1888 en Mineápolis, Minnesota. De nuevo, Satanás trabajó para impedir que la iglesia recibiera las verdades presentadas. Si estas verdades sobre la justificación por la fe hubieran sido recibidas y experimentadas plenamente, el «*fuerte pregón*» habría tenido lugar, la lluvia tardía del Espíritu habría caído y Cristo habría regresado. Sin embargo, debido a las exitosas contramedidas de Satanás,

Elena G. de White escribió en 1901: "Es posible que tengamos que permanecer aquí en este mundo por muchos años más debido a la insubordinación..." Evangelismo, p.695.

Satanás no está menos ocupado hoy en sus esfuerzos por obstaculizar la obra del Espíritu que Dios está tratando de lograr en la vida de su pueblo. Estos esfuerzos de Satanás son la apostasía «omega» sobre la que Elena G. de White advirtió hace muchos años. La apostasía «alfa» vino cerca del comienzo del desarrollo de la denominación. La apostasía «omega» está llegando cerca de la conclusión de la misión que Dios ha llamado a la denominación a completar.

Mi propósito al escribir este libro es aclarar la advertencia de Dios a aquellos en Laodicea. Estudiaremos el plan de Dios para sacar a su pueblo de su condición laodicense, y también entenderemos los esfuerzos de Satanás para obstaculizar los esfuerzos de Dios por medio de sus enseñanzas apóstatas «omega».

Alfa y Omega de la Apostasía

En este capítulo consideraremos brevemente lo que Elena G. de White llamó la apostasía del «alfa» y una futura apostasía del «omega». La apostasía del alfa fue provocada por el Dr. John Harvey Kellogg, un médico prominente y líder en la Iglesia Adventista del Séptimo Día durante sus inicios. Él formuló una teología que era ajena a las enseñanzas fundamentales de la Iglesia Adventista del Séptimo Día y las presentó en su libro, *El Templo Viviente*. Si se permitiera que sus falsas enseñanzas se siguieran propagando, socavarían gravemente las enseñanzas y el propósito de existencia de la iglesia, haciendo que muchos fueran extraviados y finalmente perdidos.

La siguiente cita revela cuán seriamente Elena G. de White veía esta enseñanza apóstata:

«El Templo Viviente contiene el alfa de estas teorías. Sabía que el omega seguiría dentro de poco; y temblé por nuestro pueblo.

«Vacilé y demoré el envío de aquello que el Espíritu del Señor me impulsaba a escribir. No quería verme obligada a presentar la influencia engañosa de estas sofisterías. Pero en la providencia de Dios, los errores que han estado entrando deben ser confrontados.

«Poco antes de enviar los testimonios con respecto a los esfuerzos del enemigo por socavar el fundamento de nuestra fe mediante la diseminación de teorías seductoras, había leído un incidente sobre un barco en la niebla que se encontraba con un iceberg. Durante varias noches dormí muy poco. Parecía estar agobiada como una carreta bajo las gavillas. Una noche se me presentó claramente una escena. Una embarcación estaba sobre las aguas, en una densa niebla. De repente, el vigía gritó: ‘¡Iceberg justo delante!’. Allí, elevándose alto sobre el barco, había un iceberg gigantesco. Una voz autoritaria exclamó: “¡Confróntalo!”. No hubo un momento de vacilación. Era el momento de la acción instantánea. El ingeniero puso toda la máquina a vapor, y el hombre al timón dirigió el barco directamente hacia el iceberg. Con un estruendo golpeó el hielo. Hubo una sacudida terrible, y el iceberg se rompió en muchos pedazos, cayendo con un ruido como un trueno sobre la cubierta. Los pasajeros fueron sacudidos violentamente por la fuerza de la

colisión, pero no se perdieron vidas. La embarcación resultó herida, pero no sin posibilidad de reparación. Rebotó del contacto, temblando de proa a popa, como una criatura viviente. Luego siguió su camino.

«Sabía bien el significado de esta representación. Tenía mis órdenes. Había oído las palabras, como una voz de nuestro Capitán: “¡Confróntalo!”. Sabía cuál era mi deber, y que no había un momento que perder. *Había llegado el momento de una acción decidida. Debía sin demora obedecer el mandato: “¡Confróntalo!”.*

«Esa noche estuve levantada a la una, escribiendo tan rápido como mi mano podía pasar sobre el papel. Durante los días siguientes trabajé temprano y tarde, preparando para nuestro pueblo la instrucción que se me había dado con respecto a los errores que estaban entrando entre nosotros». (SpTBo2 53-56, *Testimonies for the Church Containing Letters to Physicians and Ministers Instruction to Seventh-Day Adventists*).

Elena G. de White reconoció que las enseñanzas en el libro *El Templo Viviente*, del Dr. Kellogg, «socavarían el fundamento de nuestra fe». Ella llamó a esta apostasía el «alfa». Era tan grave que Dios le dio un sueño sobre un barco que se dirigía hacia un iceberg. Luego una voz autoritaria dijo: «¡Confróntalo!». Las máquinas fueron puestas a todo vapor y el hombre al timón dirigió el barco directamente hacia el iceberg. Los pasajeros fueron sacudidos severamente, pero no se perdieron vidas. Después del violento encuentro, el barco continuó su camino.

Elena G. de White entendió que debía confrontar esta apostasía del «alfa» de frente. Sabía que habría una gran agitación en la iglesia por un tiempo, pero la iglesia sobreviviría a la «colisión» de la verdad con el error.

Elena G. de White también afirmó que vendría otro gran error sobre la iglesia con el mismo propósito de socavar el fundamento de nuestra fe. Lo llamó la apostasía del «omega». Vio que sería tan devastador que la hizo «temblar» por el pueblo de Dios que sería llamado a enfrentarlo.

En el momento de la escritura de este libro, he sido cristiano adventista del séptimo día durante 49 años. Fui bautizado cuando tenía 21 años y era estudiante de ingeniería en mi último año en la Universidad Estatal de

Colorado. He dedicado toda mi vida adulta a servir como laico activo o como pastor y director de departamento en la denominación. Como miembro joven de la iglesia y como pastor experimentado, he visto pasar muchas modas pasajeras, enseñanzas sensacionalistas e incluso apostasías. Ocasionalmente he escuchado advertencias de que alguna falsa enseñanza era la apostasía del «omega».

Debido a esto, dudo un poco en hacer la siguiente afirmación. Sin embargo, siento que debo hacerlo. Así como Elena G. de White fue convencida respecto a la apostasía del «alfa» para «¡Confrontarla!» de frente en su día, estoy convencido de que debemos confrontar de frente lo que está apareciendo como el «omega» de la apostasía. Esta apostasía omega se ha estado desarrollando durante varias décadas y parece ser ampliamente aceptada en muchos sectores de la iglesia. Creo que esta apostasía omega concierne al mensaje de Dios a su iglesia laodicense de los últimos días, y se centra en la obediencia a los Diez Mandamientos de Dios. En resumen, la apostasía del «omega» enseña que los Diez Mandamientos de Dios no se pueden guardar y que el pecado no se puede superar completamente en la vida de uno.

Es debido a mi preocupación por la iglesia de Dios, su pueblo y su última obra final en el planeta Tierra que estoy escribiendo este libro. En este libro consideraremos el mensaje de Laodicea que se encuentra en Apocalipsis capítulo 3. También consideraremos especialmente las siguientes dos declaraciones de Elena G. de White en ese contexto.

La primera cita es la respuesta que un ángel dio cuando ella preguntó qué causaría el «zarandeo» entre el pueblo de Dios. Recuerda, aquellos «zarandeados» de entre el pueblo de Dios no estarán listos para el regreso de Cristo. El ángel respondió:

«...lo motivaría el testimonio directo que exige el consejo que el Testigo fiel dió a la iglesia de Laodicea. Moverá este consejo el corazón de quien lo reciba y le inducirá a exaltar el estandarte y a difundir la recta verdad. Algunos no soportarán este testimonio directo, sino que se levantarán contra él, y esto es lo que causará un zarandeo en el pueblo de Dios» (Primeros Escritos, p. 270).

La segunda declaración concierne al sellamiento y al zarandeo.

«Tan pronto como el pueblo de Dios sea sellado en su frente—no se trata de un sello o marca que se pueda ver, sino un afianzamiento en la verdad, tanto intelectual como espiritualmente, de modo que los sellados son incombustibles—, tan pronto como sea sellado y preparado para el zarandeo, este vendrá. Ciertamente ya ha comenzado.» (Comentario Bíblico Adventista 4:1183 (1902) EUD 186)

A medida que leas este libro, comprenderás claramente cuál es el mensaje de Dios a la iglesia de Laodicea, por qué es esencial que el pueblo de Dios lo reciba y entre en la experiencia con Cristo que Él les ofrece. También verás que la apostasía del «omega» es la enseñanza que socava la advertencia de Laodicea y lleva a los individuos a «levantarse contra ella». Esta última gran apostasía está hoy en medio de nosotros.

Visión general del mensaje a Laodicea

En este capítulo, ofreceré una breve visión general del mensaje a Laodicea, lo que servirá de base para explicar por qué se escriben los capítulos siguientes de este libro. Este mensaje de advertencia lo encontramos en el libro de Apocalipsis.

«**14** Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el **Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:** **15** Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! **16** Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. **17** Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. **18** Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. **19** Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. **20** He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. **21** Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. **22** El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias...» (Apocalipsis 3:14-22)

Al leer el texto, queda claro por qué es importante prestar atención a esta advertencia. Aquellos que la ignoren serán «vomitados» de la boca de Dios, lo que significa que no estarán preparados para el regreso de Cristo y se perderán eternamente. Esto se debe a que los de Laodicea no conocen su verdadera condición delante de Dios. Piensan que son espiritualmente ricos al vivir en una relación salvadora con Dios. Sin embargo, no se dan cuenta de que en realidad son pecadores «desventurados, miserables, pobres», desprovistos de riquezas espirituales. Están «ciegos» a esta condición y a la voluntad de Dios. Por lo tanto, a los ojos de Dios están «desnudos», de pie en su propia justicia propia, ignorantes de la justicia de Cristo.

La única solución es «*dejar entrar a Jesús*» en sus vidas (Apocalipsis 3:20), lo que indica que Cristo no está en la vida de aquellos en Laodicea. Solo

tienen una profesión de fe, una forma de piedad, pero no una fe y piedad genuinas (2 Timoteo 3:5). Es porque Dios los ama que les da esta seria advertencia (Apocalipsis 3:19).

Afortunadamente, Dios no solo da la advertencia, sino que también presenta la solución a la condición espiritualmente vacía de Laodicea al aconsejarles que le «compren», lo que significa entregarse 100% a Dios. ¿Y qué es lo que debemos «comprar» de Dios? Debemos rendirnos 100% a Dios y recibir el «colirio» del Espíritu, que se refiere al bautismo del Espíritu Santo. Necesitamos adquirir las «*vestiduras blancas*», que se refieren a la justicia justificadora y santificadora de Cristo. Finalmente, si nos rendimos completamente a Dios en el bautismo del Espíritu y en la experiencia de la justicia por la fe, podremos recibir el «oro» del carácter de fe y amor de Dios. Esta condición final de recibir el «oro» es el último paso para salir completamente de la condición laodicense, convirtiéndonos en el pueblo de Dios que guarda sus mandamientos en los últimos días, y estando listos para la segunda venida de Cristo.

Ellen White también da una razón muy significativa para prestar atención a la advertencia a Laodicea. En el libro *Primeros Escritos*, leemos que ella le preguntó al ángel qué causaría el «zarandeo» entre el pueblo de Dios. Recordemos que aquellos «*zarandeados*» de entre el pueblo de Dios no estarán listos para el regreso de Cristo. El ángel respondió:

«...lo motivaría el testimonio directo que exige el consejo que el Testigo fiel dió a la iglesia de Laodicea. Moverá este consejo el corazón de quien lo reciba y le inducirá a exaltar el estandarte y a difundir la recta verdad. Algunos no soportarán este testimonio directo, sino que se levantarán contra él, y esto es lo que causará un zarandeo en el pueblo de Dios» (*Primeros Escritos*, p. 270).

En la advertencia a Laodicea encontramos que Jesús es el «*Testigo fiel y verdadero*» (Apocalipsis 3:14). Por lo tanto, el zarandeo es causado por aquellos que no reciben la advertencia de Jesús para los laodiceses en los últimos días. El ángel señaló que aquellos que reciban el «*testimonio directo*» tendrán una experiencia «*sentida*» con Jesús. Esta experiencia los llevará a «*exaltar la norma*»; los Diez Mandamientos, que son una transcripción del carácter de Dios. Estarán tan impactados por el mensaje de advertencia que

los motivará a «*derramar la verdad directa*» de Dios con valentía, llamando a la obediencia a los mandamientos de Dios para preparar un pueblo para la segunda venida de Cristo.

Sin embargo, el ángel también dijo: «*Algunos no soportarán este testimonio directo*», y «*se levantarán contra él*». Triste, pero cierto, habrá quienes hablen y trabajen en contra del mensaje de Dios a Laodicea. El llamado de Dios a experimentar el bautismo del Espíritu Santo (colirio), la justicia justificadora y santificadora de Cristo (vestiduras blancas), y a reflejar perfectamente el carácter de Cristo (oro) será rechazado. Responder a estas tres cosas conducirá a la victoria sobre el pecado y a la obediencia a los Diez Mandamientos de Dios. Aquellos que «*se levanten contra*» estas verdades han sido engañados por la apostasía «*omega*» de Satanás y, en última instancia, serán zarandeados de entre el pueblo de Dios.

La conclusión corolaria entonces es que aquellos que reciben el mensaje de Laodicea experimentan el «*sellamiento*» de Dios. Esta experiencia de sellamiento tendrá lugar antes del zarandeo final. Ellen White lo confirma cuando escribió:

«Tan pronto como el pueblo de Dios sea sellado en su frente—no se trata de un sello o marca que se pueda ver, sino un afianzamiento en la verdad, tanto intelectual como espiritualmente, de modo que los sellados son incommovibles—, tan pronto como sea sellado y preparado para el zarandeo, este vendrá. Ciertamente ya ha comenzado.» (Comentario Bíblico Adventista 4:1183 (1902) EUD 186)

De esta declaración encontramos que aquellos que reciben el «*testimonio directo*» de Jesús a los laodicense se «*afirmarán en la verdad, tanto intelectual como espiritualmente, de modo que no pueden ser commovidos*». Esto es muy importante que lo experimenten, ya que muchos de los que se levantan contra el mensaje de victoria completa sobre el pecado serán hermanos y hermanas en la fe, e incluso líderes entre el pueblo de Dios. Siempre es más difícil recibir críticas de quienes están dentro de la iglesia que de quienes están fuera. Por lo tanto, el pueblo sellado de Dios tendrá que saber por sí mismo, a partir de la Biblia, qué cree y por qué lo cree. De lo contrario, no tendrán fundamento y renunciarán a su fe.

Saber esto impulsó a Ellen White a escribir:

«Agradecemos a Dios porque hay almas que comprenden que necesitan algo que no poseen: el oro de la fe y el amor, el manto blanco de la justicia de Cristo, el colirio del discernimiento espiritual. Si poseen esos preciosos dones, el templo del alma humana no será como un altar profanado. » (*Fe y Obras* 86)

El mensaje a Laodicea permite que quienes lo reciben no tengan un «*altar profanado*»; un templo del alma que viva en pecado. Sus vidas serán de victoria sobre el pecado a través de Cristo y su justicia. Han rechazado la enseñanza apóstata «*omega*» de Satanás de que la victoria sobre el pecado y la obediencia a los mandamientos de Dios son imposibles.

El mensaje a Laodicea describe en realidad una secuencia de experiencia. Sin embargo, es una secuencia inversa. Debemos «*dejar entrar a Jesús*» (Apocalipsis 3:20), lo que sucede cuando recibimos el «*colirio*» del Espíritu al experimentar el bautismo diario del Espíritu. Es a través de esta experiencia llena del Espíritu que Cristo vive plenamente en el creyente (Juan 14:16-18), quien podrá manifestar su justicia justificadora y santificadora (vestiduras blancas) (Colosenses 1:27), lo que finalmente llevará al creyente a experimentar el carácter perfecto de Cristo (el oro), del cual los Diez Mandamientos son una transcripción. Serán exactamente como Jesús cuando venga (1 Juan 3:2).

En este capítulo he ofrecido una breve visión general del mensaje de advertencia a Laodicea, su contenido y el resultado de recibirlo o rechazarlo. En los capítulos siguientes presentaré con mayor detalle los diversos elementos del mensaje, que son importantes para que el pueblo de Dios los entienda a fin de recibir el mensaje, salir de Laodicea, experimentar la victoria sobre el pecado que ofrece el evangelio y estar listo para el regreso de Cristo.

La Apostasía Omega

Satanás sabe lo que el apóstol Pablo escribió acerca de ser victoroso sobre el pecado (Romanos 6:1-18). También sabe que Juan el Revelador escribió acerca de la obediencia del pueblo remanente de Dios de los últimos días. Sabe que serán guardadores de los mandamientos (Apocalipsis 12:17; 14:12). Sabe que muchos versículos del libro de Apocalipsis dan maravillosas promesas a quienes «vencen» el pecado en sus vidas (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21; 21:7). Sabiendo esto, cabría esperar que Satanás trabajara arduamente para socavar la obediencia a los Diez Mandamientos de Dios, especialmente en estos últimos días. Constantemente trabaja para llevar a hombres y mujeres a desobedecer los mandamientos de Dios.

Sin embargo, sabe que no podría hacer que los adventistas del séptimo día rechazaran por completo los Diez Mandamientos y dijeran que ya no son válidos. En cambio, ha estado y está trabajando de una manera más engañosa para llevar a las personas a ignorarlos. Engaña al pueblo de Dios haciéndoles creer que es imposible obedecerlos plenamente. Esta es la apostasía «omega» sobre la que advirtió Elena G. de White, y que la iglesia enfrenta hoy.

Hoy esta apostasía se manifiesta de numerosas maneras; maneras que parecen ser una bendición. Satanás está usando el mismo sueño que usó con Eva en el jardín; el sueño de una experiencia superior que está vacía de cualquier enfoque en la obediencia absoluta a los mandamientos de Dios en la vida de uno.

La Acusación de Satanás

Elena G. de White estaba muy consciente de los esfuerzos de Satanás en el pasado y presente para tergiversar la ley de Dios. Ella escribió:

«Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos.» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 15)

«Desde el origen de la gran controversia en el cielo, el propósito de Satanás ha consistido en destruir la ley de Dios. Para realizarlo se rebeló

contra el Creador y, aunque expulsado del cielo, continuó la misma lucha en la tierra.» (El Conflicto de los Siglos, p. 569)

«Los rabinos representaban virtualmente a Dios como autor de leyes cuyo cumplimiento era imposible para los hombres.» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 250)

Cristo Vindicó a Dios y Demostró que Satanás Estaba Equivocado

Debido a las acusaciones de Satanás, Jesús vino al planeta Tierra como hombre para probar que su mentira sobre la ley de Dios era falsa. Jesús, nacido de mujer (Gálatas 4:4), guardó perfectamente la ley de Dios; obedeciendo de corazón cada precepto. Jesús no pecó en pensamiento, palabra u obra. «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente;» (1 Pedro 2:21-23, RVR1960)

Cristo demostró que Satanás estaba equivocado en su falsa afirmación de que la ley de Dios no puede ser guardada. Sin embargo, Cristo hizo aún más que vindicar la ley de Dios con su vida perfecta y sin pecado. También proveyó para el pueblo de Dios «Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;» (1 Corintios 1:30, RVR1960), las cuales podrían ser suyas mediante la fe.

Dios Usa Su Iglesia para Vindicar a Dios y Demostrar que Satanás Está Equivocado

No fue solo a través de Cristo, sino también a través de la iglesia, que Dios se propuso demostrar que las acusaciones de Satanás sobre la ley de Dios eran falsas. Fue a través de Cristo que este propósito debía ser cumplido y manifestado en la iglesia. Es a través de la iglesia que Dios y su ley deben ser vindicados a medida que el pueblo de Dios, por la fe, permite que Cristo viva

su perfecta obediencia a la ley de Dios en y a través de ellos. Pablo describió esto cuando escribió:

« **10** El fin de todo esto es que la sabiduría de Dios, en toda su diversidad, se dé a conocer ahora, por medio de la iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales, **11** conforme a su eterno propósito realizado en Cristo Jesús nuestro Señor.» (Efesios 3:10-11, NVI)

Según Pablo, antes del regreso de Jesús, la «sabiduría de Dios» debe ser dada a conocer o manifestada en su iglesia (su pueblo). Esta «sabiduría de Dios» fue «cumplida en Cristo», y debe ser vista o manifestada a través de la iglesia a los «principados y potestades en los lugares celestiales». Este es el propósito o misión principal de la iglesia en la tierra.

Una pregunta vital es: «¿Cuál es la sabiduría de Dios que se cumplió en Cristo?». Pablo nos lo dice en su primera carta a los Corintios.

«**29** a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. **30** Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención— **31** para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor.» (1 Corintios 1:29-31, NVI)

Verás, la sabiduría de Dios es la justicia, santificación (santidad) y redención que Cristo proveyó para su pueblo. Esta sabiduría de Dios será dada a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales a medida que la iglesia experimente la perfecta obediencia de Cristo a la ley de Dios en sus vidas en toda su extensión. Esa «sabiduría» es la justicia de Cristo, su santidad o santificación, y la redención del pecado; la transgresión de la ley (1 Juan 3:4). Es cuando la sabiduría de Dios se manifiesta plenamente de esta manera en la iglesia que su pueblo habrá salido de su condición laodicense, obedecerá plenamente los mandamientos de Dios y estará listo para el regreso de Cristo.

Por eso Satanás trabaja tan arduamente para propagar la enseñanza apóstata «omega» de que la ley de Dios no puede guardarse y el pueblo de Dios no puede vivir una vida de victoria sobre el pecado. Aquellos que aceptan

su apostasía «omega» nunca cumplirán el propósito de Dios para ellos ni estarán listos para la segunda venida de Cristo.

La Comprensión de Elena G. de White

Elena G. de White comprendió claramente el propósito por el cual Dios llamó a la iglesia a la existencia. Sabía que era esencial que el pueblo de Dios fuera un pueblo obediente. Porque si no lo son, en realidad están vindicando las acusaciones de Satanás contra la ley de Dios.

«Se requiere obediencia exacta, y los que dicen que no es posible vivir una vida perfecta, imputan a Dios injusticia y falsedad.» (SW – The Southern Review, 5 de diciembre de 1899)

Hay muchos adventistas del séptimo día hoy que, junto con muchos otros cristianos, dicen que es imposible vivir una vida victoriosa sobre el pecado. No se dan cuenta, pero en realidad están de acuerdo con Satanás e imputan a Dios injusticia y falsedad. Han aceptado la apostasía «omega» de Satanás.

Mientras la iglesia tenga la actitud de que no es posible vivir una vida victoriosa sobre el pecado, no saldrá de su condición laodicense, el evangelio completo de liberación de todo pecado no será experimentado ni proclamado, y Jesús no vendrá.

Acerca de esto, Elena G. de White también escribió:

«El Señor desea, mediante su pueblo, contestar las acusaciones de Satanás mostrando los resultados de la obediencia a los principios rectos.» (Palabras de Vida del Gran Maestro, p. 238)

« La misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo.» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 625)

Por eso, en su misericordia, Dios ha dado una seria advertencia y un llamado a Laodicea. La iglesia no se ha rendido a Cristo en toda su extensión para que solo Cristo sea visto en la iglesia. Cuando Cristo sea visto plenamente al 100% en su iglesia, entonces su propósito se cumplirá y Jesús regresará. Elena G. de White lo entendió cuando escribió:

«Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos.» (Palabras de Vida del Gran Maestro, p. 47)

Pablo se refiere a esta experiencia de santificación completa en Jesucristo cuando escribió: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960)

El Misterio de Dios

Juan, en el libro de Apocalipsis, nos dice que la última obra que Dios hará en su iglesia es terminar el «misterio de Dios». «sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas.» (Apocalipsis 10:7, RVR1960)

Dado que terminar el misterio de Dios es la última obra de Dios en esta tierra, es importante que entendamos qué es el misterio de Dios. Pablo nos dice: «de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria,» (Colosenses 1:25-27, RVR1960)

Según Pablo, el misterio de Dios es «*Cristo en vosotros*», y es nuestra única esperanza de gloria; de glorificar a Dios al reflejar el carácter de Cristo (la obediencia de Cristo a la ley de Dios) por el cual la tierra será iluminada con la gloria (carácter) de Dios (Apocalipsis 18:1). Este misterio de Dios es el evangelio de Jesucristo; un evangelio de liberación del pecado. Es la perfecta obediencia de Cristo a la ley de Dios revelada en la vida de uno.

Verás, el misterio de Dios, la sabiduría de Dios y el evangelio de Jesucristo son los medios que Dios ha provisto para nuestra salvación; nuestra liberación

del pecado. La justificación que Dios proveyó en Cristo nos libra de la culpa y la penalidad del pecado, que es la muerte, y nos cubre con la obediencia justa imputada de Cristo a la ley de Dios. La santificación que Dios provee en Cristo es su justicia impartida, que nos libra del poder del pecado para gobernar en nuestra vida y nos lleva a la obediencia a los mandamientos de Dios. Porque hemos sido santificados o apartados por Dios para buenas obras: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:10, RVR1960). Estas buenas obras son obras de obediencia fiel a la ley de Dios.

El Peligro de la Apostasía Omega

Por eso la apostasía «omega» es tan peligrosa. Cuando se recibe, frustra el propósito mismo de Dios para la iglesia, mantiene a las personas en Laodicea, lleva a muchos del pueblo profeso de Dios a levantarse contra el mensaje de Laodicea llamándolo error, y hace que los engañados sean sacudidos de entre el pueblo remanente de Dios y no estén listos para el regreso de Cristo.

Satanás sabe que no puede llevar a los adventistas a rechazar por completo los Diez Mandamientos y el Sábado. Así que los lleva a creer lo siguiente mejor; que los mandamientos no se pueden guardar. Por lo tanto, aquellos que creen el engaño «omega» son llevados a rechazar las claras exhortaciones de la Biblia que llaman al cristiano a vivir una vida victoriosa a través de Cristo. El engaño será tan fuertemente creído que se levantarán contra la verdad. Respecto a esto, Elena G. de White escribió:

«El mensaje del tercer ángel no será comprendido, la luz que alumbrará la tierra con su gloria será llamada una luz falsa, por aquellos que rehúsan andar en su gloria creciente.» (RH, 27 de mayo de 1890)

Recuerda, la gloria de Dios es su carácter, que alumbrará la tierra a través de su pueblo (Apocalipsis 18:1). También, recuerda, la ley de Dios es un trasunto de su carácter. El pueblo remanente de Dios crecerá en Cristo de gloria en gloria por el Espíritu (2 Corintios 3:3, 18). Crecerán en obediencia a los mandamientos de Dios por medio de Cristo viviendo su obediencia justa impartida en y a través de ellos. Aquellos que aceptan la enseñanza apóstata «omega» llamarán a esto «luz falsa».

Debido a que Elena G. de White sabía que Satanás buscaría alejar al pueblo de Dios de la obediencia perfecta a los mandamientos de Dios, escribió muchas declaraciones acerca de la vida obediente que Dios espera que su pueblo lleve.

«Se requiere obediencia exacta, y los que dicen que no es posible vivir una vida perfecta, imputan a Dios injusticia y falsedad.» (SW – The Southern Review, 5 de diciembre de 1899)

«Dios requiere en este momento exactamente lo que requirió de Adán en el paraíso antes de que cayera: obediencia perfecta a su ley. El requisito que Dios hace por gracia es precisamente el requisito que hizo en el paraíso.» (Review & Herald, 15 de julio de 1890)

«Consideremos la vida de Cristo. Como cabeza de la humanidad, sirviendo a su Padre, es un ejemplo de lo que cada hijo debe y puede ser. La obediencia que Cristo rindió es la que Dios requiere de los seres humanos hoy día.» (Palabras de Vida del Gran Maestro, p. 225)

«La obediencia de Cristo a su Padre fué la misma obediencia que se requiere del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin un poder divino que pueda combinar con sus potencialidades humanas. Así sucedió con Jesucristo. El podía confiar en el poder divino. No vino a nuestro mundo a dar la obediencia de un Dios menor a un Dios mayor, sino como hombre, para obedecer la Santa Ley, y de esta manera él es nuestro ejemplo. El Señor Jesús vino a nuestro mundo, no a revelar lo que Dios podía hacer, sino lo que un hombre podía hacer, mediante la fe en el poder de Dios para ayudar en toda emergencia. El hombre, mediante la fe, ha de ser participante de la naturaleza divina, y debe vencer toda tentación con que sea tentado.» (Nuestra Elevada Vocación, p. 50)

«Vi que nadie podría participar del ‘refrigerio’ a menos que obtuviera la victoria sobre cada asedio, sobre el orgullo, el egoísmo, el amor al mundo y sobre cada palabra y acción incorrectas.» (Experiencias y Enseñanzas Cristianas de Elena G. de White, p. 113)

«“Viene el principio de este mundo—dice Jesús—; mas no tiene nada de mí”. Juan 14:30, VM. No había en él nada que respondiera a los sofismas de

Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.» (CRA, p. 180)

«El que no tiene suficiente fe en Cristo para creer que él puede guardarlo de pecar, no tiene la fe que le dará entrada en el reino de Dios.» (Manuscrito 161, 1897)

Aquellos que aceptan la apostasía «omega» deben rechazar o racionalizar estas declaraciones, así como su consejo sobre vivir sin un mediador cuando el juicio termina. Elena G. de White describe a quienes viven sin un mediador durante el tiempo de angustia de la siguiente manera:

« Así, en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios conservase pecados aún inconfesos cuando lo atormenten el temor y la angustia, sería aniquilado; la desesperación acabaría con su fe y no podría tener confianza para rogar a Dios que le librase. Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tiene de su indignidad, no tiene culpas escondidas que revelar. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos..» (El Conflicto de los Siglos, p. 620)

El Engaño de Satanás

Satanás sabe estas cosas y hará todo lo posible para llevar a las personas a aceptar la enseñanza apóstata «omega» de que la victoria completa sobre el pecado es imposible. Sabe que la victoria solo puede venir si nos enfocamos en Jesús y le permitimos vivir su vida en y a través de nosotros. Por lo tanto, el plan de Satanás es desviar nuestra mirada de Jesús.

Utilizará uno de dos engaños. Primero, nos lleva a enfocarnos en las tentaciones con las que luchamos. Quiere que pensemos que podemos llegar a ser justos e incluso desarrollar perfectamente el carácter de Cristo

enfocándonos en lo que se debe hacer y lo que no, en la ley; *en cualquier cosa menos en Jesús*. Quiere que pensemos que podemos ser victoriosos sobre la tentación si «nos esforzamos» lo suficiente, con la ayuda de Dios, por supuesto. Lleva a muchos a creer que enfocarse en los «haceres y no haceres» de nuestra religión traerá avivamiento. Tal religión es una carga sin alegría. Todo este esfuerzo fracasará. Los «haceres y no haceres» son importantes, pero no deben ser nuestro enfoque.

O bien, Satanás llevará a muchos a rechazar la posibilidad de reflejar perfectamente el carácter de Cristo mediante la obediencia a la ley de Dios. La mayoría de los que llegan a esta conclusión han intentado obedecer con sus propias fuerzas y han descubierto la imposibilidad de alcanzar la victoria completa. Así que se retractan y descansan solo en un Cristo justificador, creyendo que la santificación plena y completa es imposible. Concluyen que la victoria completa sobre la tentación y el pecado no es alcanzable en esta vida. Esta también es una posición muy peligrosa. Tanto el legalismo como el rechazo de la obediencia completa llevarán a permanecer en su condición laodicense.

La apostasía «omega» de Satanás enseña que tal visión de obediencia completa y victoria sobre la tentación conducirá a la jactancia y a sentimientos de haber alcanzado la perfección. Las actitudes de jactancia o los sentimientos de haber alcanzado la perfección son imposibles de experimentar para el cristiano lleno del Espíritu. Cuanto más se acercan a Cristo, más pecaminosos se saben. Se dan cuenta de que no hay justicia en ellos. Saben que podrían ceder a una tentación en cualquier momento si apartan la mirada de Jesús. Saben que su única esperanza de victoria es seguir confiando en Jesús para que viva su victoria en y a través de ellos. Y cuando Jesús regrese, se sentirán indignos de ser salvados. Saben que su única esperanza de salvación y victoria ha sido su fe en Jesús. Echarán sus coronas a los pies de Jesús porque saben que no merecen las coronas porque Jesús lo hizo todo por ellos. Todo lo que hicieron fue tener fe en Él para que los salvara del pecado y la muerte. Sabrán lo que Pablo quiso decir cuando escribió:

«**29** a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. **30** Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría

—es decir, nuestra justificación, santificación y redención— **31** para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor.» (1 Corintios 1:29-31, NVI)

Su jactancia por toda la eternidad será jactarse en Jesús; alabar a Jesucristo por la victoria sobre el pecado y la salvación eterna que les proveyó.

El Propósito de Dios al Llamar a la Iglesia Adventista a la Existencia

Dios levantó a la Iglesia Adventista para dar al mundo los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis capítulo catorce. Estos mensajes tienen el propósito de advertir al mundo sobre el pronto regreso de Cristo y proporcionar importantes perspectivas bíblicas necesarias para estar listos para ese gran evento.

El mensaje del primer ángel (Apocalipsis 14:6-7) incluye el evangelio de la liberación del pecado y un llamado a adorar a Dios como Creador, lo que incluye la adoración en el *séptimo día, el Sábado*, ya que fue establecido al final de la semana de la creación por Dios como un memorial de la creación de la tierra. El mensaje del primer ángel también incluye la declaración de que «la hora de su juicio ha llegado», lo que comenzó el 22 de octubre de 1844 cuando Cristo se trasladó del Lugar Santo al Lugar Santísimo en el santuario celestial para llevar a cabo la purificación del santuario (Daniel 7:9-10, 13-14; Daniel 8:14, Malaquías 3:1).

El mensaje del segundo ángel (Apocalipsis 14:8) advierte al mundo sobre la caída de la Babilonia espiritual debido a su pecado, advertencia que se repetirá a medida que el juicio en el cielo llegue a su fin (Apocalipsis 18:1-5). Esto ocurre a medida que la tierra es *alumbrada* con la gloria o el carácter de Dios como resultado de que su pueblo refleja el carácter de Cristo al cien por cien; siendo los Diez Mandamientos la transcripción de su carácter.

El mensaje del tercer ángel (Apocalipsis 14:9-11) advierte al mundo que no reciba la marca de la bestia. Aquellos que rechazan el llamado de Dios a salir de la Babilonia espiritual continuarán en su *adoración* a la bestia y a su imagen (Apocalipsis 13:15-16), y recibirán su marca en su mano o en su frente. El deseo de Dios es escribir su ley en los corazones y las mentes de su pueblo (2 Corintios 3:3, Hebreos 8:8-10). Aquellos que se nieguen a adorar a Dios como creador en el sábado del séptimo día (lo cual será evidencia de que su ley está en su corazón), como Él mandó (Éxodo 20:8-11), recibirán la marca de la

bestia y serán destruidos por el *resplandor* de la segunda venida de Cristo (2 Tesalonicenses 2:8-12).

El evangelio de la liberación del pecado está en el corazón de cada uno de estos tres mensajes. Además, solo al comprender y experimentar el bautismo del Espíritu Santo y la justificación por la fe se puede experimentar plenamente el evangelio de la liberación y preparar a los individuos para la segunda venida de Cristo. Por lo tanto, el llamado de la Iglesia Adventista del Séptimo Día a dar esta última advertencia al mundo requiere que ella comprenda, experimente y proclame el evangelio de la liberación para cumplir su misión de advertir y preparar al mundo para la segunda venida de Cristo.

Para fines del siglo XIX, parece que la iglesia adventista había perdido de vista lo que debía ser el corazón y el alma de su mensaje. Por lo tanto, Dios buscó traer el evangelio de Jesucristo de regreso a esta iglesia en 1888 a través de dos hombres, Jones y Waggoner. Esta verdad era necesaria para que la iglesia la comprendiera y experimentara a fin de cumplir su propósito y misión dados por Dios de proclamar los mensajes de los tres ángeles en el contexto del evangelio de la liberación del pecado. Elena G. de White lo entendió cuando escribió:

«Muchos habían perdido de vista a Jesús. Necesitaban dirigir sus ojos a su divina persona, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana. Todo el poder es colocado en sus manos, y él puede dispensar ricos dones a los hombres, impartiendo el inapreciable don de su propia justicia al desvalido agente humano.» *EUD*, p. 171

Nuestra denominación se había centrado tanto en la doctrina que Jesús se había perdido en nuestra experiencia y enseñanza. Nuestra religión se había vuelto legalista, lo cual es el resultado seguro de perder de vista a Jesús en la vida de uno. La iglesia necesitaba comprender una vez más la obra del Espíritu Santo y la justificación por la fe.

Jones y Waggoner hablaron en la Sesión de la Conferencia General de 1888 en Minneapolis, Minnesota. Enseñaron una serie de verdades bíblicas en esa sesión y en los años siguientes. En este capítulo me centraré en lo que considero el corazón de su mensaje: la *justificación por la fe en Cristo*. La

justificación por la fe abarca tanto la justicia justificadora como la santificadoras de Cristo. Me centraré principalmente en el aspecto de la santificación de la justicia de Cristo por la fe en este capítulo.

El mensaje de la justificación por la fe se hace sentir de forma clara y contundente al leer sus escritos. Después de 1888, Elena G. de White también escribió a menudo sobre el tema. Dios usó el mensaje de 1888 para exaltar a Cristo como nunca antes en nuestra denominación.

Elena G. de White apoyó enfáticamente sus enseñanzas sobre este tema.

«En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores [E. J.] Waggoner y [A.T.] Jones. Este mensaje tenía que presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime Salvador, el sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la justificación por la fe en el Garante; invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios.» *EUD*, p. 171

Elena G. de White señaló claramente que la recepción del mensaje de la justificación por la fe presentado en 1888 llevaría a la *obediencia a todos los mandamientos de Dios*. Este mensaje también marcaría el inicio del clamor fuerte, la lluvia tardía del Espíritu y aceleraría el glorioso regreso de Cristo. Elena G. de White escribió:

«Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado con *en alta voz* [fuerte clamor], y acompañado con el derramamiento de su Espíritu en gran medida [lluvia tardía].» *EUD*, p. 171

En otro lugar escribió:

«Dios dio a sus siervos, [Jones y Waggoner], un testimonio que presentaba la verdad tal como es en Jesús, el cual es el mensaje del tercer ángel en *líneas claras y distintas*.» Carta 57, 1895.

El mensaje de la justificación por la fe y el mensaje del tercer ángel son uno y el mismo. Ambos conducen a la obediencia a los mandamientos de Dios.

La Importancia del Mensaje de 1888

Ella también declaró que el mensaje de la justificación por la fe es el mensaje que debe ser proclamado con una «*gran voz*» (clamor fuerte) mientras se derrama la lluvia tardía del Espíritu. A medida que este asombroso mensaje de Cristo y su justicia comenzó a ser proclamado, Elena G. de White creyó que el clamor fuerte del tercer ángel había comenzado. De esto escribió:

«El tiempo de prueba ya está sobre nosotros, porque el fuerte clamor del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona el pecado. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra.» *Review and Herald*, 22 de nov. de 1892.

Elena G. de White asoció claramente el Espíritu Santo con el mensaje de la justificación por la fe que enseñaron Jones y Waggoner.

«La obra del Espíritu Santo es inmensurablemente grande. De esta fuente provienen el poder y la eficacia para el obrero de Dios; y el Espíritu Santo es el consolador, como la presencia personal de Cristo para el alma.» *Review and Herald*, 29 de nov. de 1892.

Aquí ella equiparó recibir el Espíritu Santo con recibir la «*presencia personal de Cristo en el alma*». Esto ocurre al experimentar el bautismo diario del Espíritu Santo. Y, es solo cuando Cristo vive en el alma que su justicia puede manifestarse en la vida. Por lo tanto, el bautismo del Espíritu Santo y el mensaje de la justificación por la fe están inseparablemente unidos.

Elena G. de White también vinculó el recibir el bautismo o el llenado del Espíritu Santo con el hecho de que la tierra fuera «*alumbrada con la gloria de Dios*» (Apocalipsis 18:1).

«Cuando la tierra sea alumbrada con la gloria de Dios, veremos una obra similar a la que se realizó cuando los discípulos, llenos del Espíritu Santo, proclamaron el poder de un Salvador resucitado.» *Review and Herald*, 29 de nov. de 1892.

Así como los discípulos fueron facultados para hacer la obra de Cristo al recibir el bautismo o el llenado del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés; así

también el pueblo remanente final de Dios necesitará estar lleno del Espíritu para proclamar el mensaje del tercer ángel en el contexto de la justificación por la fe con poder. La lluvia temprana, el bautismo del Espíritu Santo, debe ser recibido para beneficiarse de la lluvia tardía.

Al traer el mensaje de la justificación por la fe a su pueblo, Dios les estaba ofreciendo el Espíritu Santo en plenitud.

« La gracia del Espíritu Santo os ha sido ofrecida una y otra vez. La luz y el poder de lo alto han sido derramados abundantemente en vuestro medio.» *Testimonios para los Ministros*, p. 96.

Glorioso habría sido el resultado si el Espíritu hubiera sido recibido en plenitud y el mensaje de la justificación por la fe hubiera sido aceptado por el pueblo de Dios después del mensaje de 1888. El mensaje del tercer ángel se habría dado con el poder de la lluvia tardía del Espíritu, Cristo se habría reflejado perfectamente en la vida de su pueblo, el clamor fuerte habría resonado, la lluvia tardía del Espíritu habría completado la obra de Dios, y Cristo habría venido.

Dios buscó que la Iglesia Adventista del Séptimo Día comprendiera y experimentara claramente el bautismo del Espíritu Santo y la justificación por la fe. Como hemos visto, esto era necesario para que la iglesia cumpliera su misión dada por Dios.

Una Gran Decepción

Así es como habría sido. Sin embargo, lamentablemente, eso no fue lo que ocurrió. Elena G. de White empezó a darse cuenta de que el mensaje no estaba siendo recibido como Dios lo había planeado. Expresando su gran preocupación, escribió:

«Descuidar esta gran salvación, presentada ante vosotros durante años, despreciar esta gloriosa oferta de justificación por la sangre de Cristo y de santificación por el poder purificador del Espíritu Santo, y ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una terrible expectación de juicio y de ardiente indignación.» *Ibid.*, 97.

Fue un grave error para la denominación no aferrarse a este mensaje enviado por Dios en toda su plenitud. Respecto a esto, Elena G. de White escribió:

«La falta de voluntad para renunciar a opiniones preconcebidas y aceptar esta verdad fue la principal base de la oposición manifestada en Minneápolis contra el mensaje del Señor expuesto por los hermanos [E. J.] Waggoner y [A. T.] Jones. Suscitando esa oposición, Satanás tuvo éxito en impedir que fluyera hacia nuestros hermanos, en gran medida, el poder especial del Espíritu Santo que Dios anhelaba impartirles. El enemigo les impidió que obtuvieran esa eficiencia que pudiera haber sido suya para llevar la verdad al mundo, tal como los apóstoles la proclamaron después del día de Pentecostés. Fue resistida la luz que ha de alumbrar a toda la tierra con su gloria, y en gran medida ha sido mantenida lejos del mundo por el proceder de nuestros propios hermanos.» 1 MS, 276.

Aquí nuevamente ella conecta la impartición del Espíritu Santo al pueblo de Dios con el mensaje de la justificación por la fe. Ambos fueron rechazados y el pueblo de Dios no experimentó la victoria completa sobre el pecado que es necesaria para reflejar perfectamente el carácter de Cristo. Debido a esto, Elena G. de White escribió:

«Tal vez tengamos que permanecer aquí en este mundo muchos años más debido a la insubordinación, como les sucedió a los hijos de Israel.» MSV, 20

Esta predicción ciertamente ha demostrado ser cierta. Hemos permanecido en este mundo más de 100 años desde que se hizo esa declaración.

Es debido a estas declaraciones tan significativas de Elena G. de White con respecto al mensaje de la justificación por la fe presentado en 1888 que me siento impulsado a escribir este libro. Dios está llamando a su última generación a la existencia hoy. Para ser parte de esa generación que está lista para recibir la lluvia tardía y encontrarse con Jesús, debemos comprender y experimentar el bautismo del Espíritu Santo y la justificación por la fe, lo que lleva a la victoria completa en Jesucristo sobre el poder del pecado. Solo

entonces la iglesia adventista cumplirá el propósito para el cual fue llamada a la existencia. Solo entonces la lluvia tardía del Espíritu caerá sobre la iglesia.

«Solo aquellos que estén vestidos con las vestiduras de su justicia podrán soportar la gloria de su presencia cuando aparezca con “*poder y gran gloria*”» *Review and Herald*, 9 de jul. de 1908.

Satanás sabe esto y ha estado trabajando durante muchos años para desarrollar la apostasía «omega», la cual está causando que muchos individuos dentro de la iglesia rechacen la enseñanza de que los Diez Mandamientos pueden ser obedecidos en su máxima expresión. En esto, sin saberlo, están rechazando el mensaje de la justificación por la fe.

Un Tiempo de Preparación

La razón por la que, poco después de 1888, la lluvia tardía no vino en plenitud y Cristo no regresó es que la preparación necesaria no había tenido lugar. Malaquías describe una purificación del pecado cuando Cristo «*vendría de repente a su templo*».

«**1**He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. **2**¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. **3**Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. **4**Y será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos. **5**Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de mí, dice Jehová de los ejércitos.» (Malaquías 3:1-5)

Estos versículos nos hablan de Cristo entrando en el Lugar Santísimo del santuario celestial (templo) para terminar su obra mediadora en favor del cristiano. Durante esa obra de Cristo, habría una obra de purificación del

pecado en la vida de los cristianos que vivían en ese tiempo. Esta obra llevaría a la «*justicia*» en su vida (la justicia de Cristo manifestada al 100%), la cual sería «*grata a Jehová*». Una vez que esa obra esté completa, Cristo vendrá para liberar a su pueblo y traer «*juicio pronto*» contra los impenitentes.

Elena G. de White escribió sobre esto en la siguiente cita.

«Esta venida está predicha también por el profeta Malaquías: “Repentinamente vendrá a su templo el Señor a quien buscáis: es decir, el Ángel del Pacto, en quien os deleitéis; he aquí que vendrá, dice Jehová de los ejércitos”. Malaquías 3:1 (VM). La venida del Señor a su templo fue repentina, de modo inesperado, para su pueblo. Este no le esperaba allí. Esperaba que vendría a la tierra, “en llama de fuego, para dar el pago a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio”. 2 Tesalonicenses 1:8

«Pero el pueblo no estaba aún preparado para ir al encuentro de su Señor. Todavía le quedaba una obra de preparación que cumplir. Debía serle comunicada una luz que dirigiría su espíritu hacia el templo de Dios en el cielo; y mientras siguiera allí por fe a su Sumo Sacerdote en el desempeño de su ministerio se le revelarían nuevos deberes. Había de darse a la iglesia otro mensaje de aviso e instrucción.

«¿El profeta dice: “¿Pero quién es capaz de soportar el día de su advenimiento? ¿Y quién podrá estar en pie cuando él aparezca? porque será como el fuego del acrisolador, y como el jabón de los bataneros; pues que se sentará como acrisolador y purificador de la plata; y purificará a los hijos de Leví, y los afinará como el oro y la plata, para que presenten a Jehová ofrenda en justicia”. Malaquías 3:2, 3 (VM). Los que viven en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mancha; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal. Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la

tierra. Esta obra está presentada con mayor claridad en los mensajes del capítulo 14 del Apocalipsis.

«Cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida. “Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será grata a Jehová, como en los días de la antigüedad, y como en los años de remotos tiempos”. Malaquías 3:4 (VM). Entonces la iglesia que nuestro Señor recibirá para sí será una “iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante”. Efesios 5:27 (VM). Entonces ella aparecerá “como el alba; hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejército con banderas tremolantes”. Cantares 6:10 (VM).

«Además de la venida del Señor a su templo, Malaquías predice también su segundo advenimiento, su venida para la ejecución del juicio, en estas palabras: “Y yo me acercaré a vosotros para juicio; y seré veloz testigo contra los hechiceros, y contra los adulteros, y contra los que juran en falso, y contra los que defraudan al jornalero de su salario, y oprimen a la viuda y al huérfano, y apartan al extranjero de su derecho; y no me temen a mí, dice Jehová de los ejércitos”. Malaquías 3:5 (VM). San Judas se refiere a la misma escena cuando dice: “¡He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos, y para convencer a todos los impíos de todas las obras impías que han obrado impíamente!” Judas 14, 15 (VM). Esta venida y la del Señor a su templo son acontecimientos distintos que han de realizarse por separado.» *El Conflicto de los Siglos*, p. 420-421

Los Engaños de Satanás

Como hemos visto, Satanás conoce la importancia de que el pueblo de Dios comprenda y experimente el bautismo del Espíritu Santo, la justificación por la fe y la victoria completa sobre el pecado. Él trabaja arduamente para crear confusión sobre estas preciosas verdades. A algunos cristianos sinceros los llevará a caer en un enfoque legalista y de obras para obtener la victoria. A otros los llevará a rechazar cualquier posibilidad de victoria completa y a adoptar una visión más «*liberal*». Cualquiera de estos enfoques no producirá la victoria necesaria para recibir la lluvia tardía y estar listos para el regreso de

Cristo. La enseñanza apóstata «omega» de Satanás socava la comprensión de muchos del pueblo de Dios de que la victoria completa sobre el pecado es posible e incluso necesaria para estar listos para la segunda venida de Cristo.

El «Colirio» del Espíritu

Para salir de la condición laodicense, llegar a ser como Jesús y estar listos para Su glorioso regreso, debemos tener el «colirio». Por lo tanto, dado que este libro se enfoca en salir de nuestra condición laodicense y estar listos para el regreso de Cristo, es esencial que el lector entienda este tema bíblico tan importante.

¿Qué es el Colirio?

Cuando Jesús enumeró la necesidad del «colirio», afirmó que era lo que daba la visión espiritual. Jesús llamó al Espíritu Santo el «el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.» (Juan 14:17, RVR1960). El Espíritu es descrito como el Espíritu de verdad porque es el Espíritu que «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.» (Juan 16:13, RVR1960); abre nuestros ojos para ver la verdad. Ellen White se refirió al colirio como el «*colirio del discernimiento espiritual*».

Por lo tanto, cuando uno estudia la Palabra de Dios o enseña la Palabra de Dios, es esencial que el colirio del Espíritu esté presente para entender claramente la Palabra o para permitir que aquellos que escuchan la Palabra sean convencidos de que es verdad. Jesús enfatizó la necesidad del Espíritu para que los discípulos dieran testimonio eficaz de Él al mundo cuando dijo:

«**4**Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. **5**Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. **8** pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.» (Hechos 1:4-5, 8).

Jesús dejó muy claro a los discípulos que debían recibir el bautismo del Espíritu Santo para ser eficaces en el cumplimiento de la misión que Dios les había encomendado. Por lo tanto, el «colirio» necesario para que la Palabra de

Dios impacte la vida de uno y potencie la predicación del evangelio es el bautismo del Espíritu Santo. Respecto a esto, Ellen White escribió:

«Cuando nuestros ojos sean ungidos con el santo colirio, podremos detectar las preciosas gema de la verdad, aunque estén enterradas bajo la superficie.» {RH, 14 de febrero de 1899 párr. 1}

«Sus ojos, ungidos con el colirio celestial, verán otras lecciones en la Santa Palabra que las que ven los lectores cuyos corazones no están limpios, refinados y elevados. Bajo la obra del Espíritu Santo, la conciencia reconocerá un estándar puro y elevado de justicia que avergüenza las ideas bajas y baratas del lector superficial, cuya mente está corrompida por el pecado. Ven que solo los hacedores de la Palabra son justificados delante de Dios.» Carta 34, 1896. {RH, 13 de agosto de 1959 párr. 20}

Nótese que Ellen White asoció el colirio con el reconocimiento de un «*estándar puro y elevado de justicia*». El colirio abre los ojos para ver la importancia de ser «*hacedores de la Palabra*». El colirio conduce a la obediencia a los mandamientos de Dios; el alto estándar de justicia.

El Plan de Satanás

Satanás no quiere que entiendas o experimentes el bautismo del Espíritu Santo. Ellen White estaba consciente de los ardides de Satanás para impedir la recepción de este Don por parte del pueblo de Dios.

«Y como el ministerio del Espíritu Santo es de importancia vital para la iglesia de Cristo, una de las tretas de Satanás consiste precisamente en arrojar oprobio sobre la obra del Espíritu por medio de los errores de los extremistas y fanáticos, y en hacer que el pueblo de Dios descuide esta fuente de fuerza que nuestro Señor nos ha asegurado.» El Conflicto de los Siglos, p 11.

El bautismo del Espíritu Santo simplemente describe una llenura especial del Espíritu Santo en la vida del creyente. Este bautismo también se llama llenura y unción, y ha estado disponible para los cristianos desde el día de Pentecostés hace 2000 años. Pedro asoció el derramamiento del Espíritu en Pentecostés con la profecía de la «*lluvia temprana*» de Joel; (Hechos 2:16-21).

La Promesa y el Ejemplo de Jesús

Jesús prometió que el Padre daría el Espíritu si se lo pedían (Lucas 11:13). Pablo nos dice que recibimos este don por fe (Gálatas 3:14). La recepción de este Don es tan importante que Pablo nos manda a «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu,» (Efesios 5:18, RVR1960). No es simplemente una opción. Es una necesidad si el creyente anhela experimentar la liberación total del pecado que ofrece el evangelio de Jesucristo.

Jesús es nuestro ejemplo en todas las cosas. En Su vida vemos el bautismo del Espíritu Santo como un evento especial y separado que siguió a Su bautismo en agua. Este evento lo equipó para la victoria personal sobre las tentaciones de Satanás y para un ministerio ungido por el Espíritu. Su experiencia es un modelo divino para todo cristiano. Cristo fue «engendrado» del Espíritu (Lucas 1:35). Fue guiado por el Espíritu en Su niñez y temprana adulterz (Lucas 2:52). Recibió el bautismo en agua, que fue seguido por el bautismo en el Espíritu (Lucas 3:21-22). A partir de ese momento, fue lleno del Espíritu (Lucas 4:1). Después de esta experiencia del bautismo del Espíritu (llenura o unción), estuvo preparado para confrontar a Satanás y obtener Sus grandes victorias sobre este enemigo (Lucas 4:2-13). Siguió adelante para ministrar en el poder del Espíritu desde ese día en adelante (Lucas 4:14; Hechos 10:38).

La experiencia de todo creyente es seguir el ejemplo de Cristo. El cristiano primero nace del Espíritu y es bautizado en agua (Juan 3:5-8). Sin embargo, el bautismo en agua no es suficiente. Es solo el comienzo. Dios quiere que el creyente también sea bautizado por el Espíritu Santo (Lucas 3:16). Este bautismo del Espíritu estuvo disponible para todo creyente desde el día de Pentecostés en adelante. Esta llenura del Espíritu es necesaria para que el creyente tenga el poder de vivir una vida victoriosa y dar testimonio de Cristo con éxito (Hechos 1:8).

Jesús dijo que el creyente haría las «obras» que Él hizo y «obras mayores». Cuando Jesús estuvo en la tierra, solo podía estar en un lugar a la vez. Sin embargo, cuando ascendió a Su Padre, pudo estar en muchos lugares de la tierra habitando en Sus seguidores a través del Espíritu Santo (1 Juan

3:24). Por lo tanto, Jesús capacita al creyente para hacer las mismas obras que Él hizo por el Espíritu Santo, y estas obras serán mayores porque son más extendidas.

El cumplimiento de la promesa de Jesús se vio el día de Pentecostés y posteriormente. El evangelio fue predicado, se ganaron almas, se vio unidad y gozo en los creyentes y los enfermos fueron sanados (Hechos 2:46-47; 5:15-16). Este fue el mismo tipo de ministerio que el ministerio de Jesús porque era Jesús haciendo este ministerio a través de Su iglesia, que es llamada el «cuerpo de Cristo» (1 Corintios 12:27).

Recibir el Bautismo del Espíritu Después de Pentecostés

No todo creyente estuvo presente en Pentecostés. Una pregunta práctica podría ser: ¿cómo recibieron los creyentes el bautismo del Espíritu después de Pentecostés? La respuesta se encuentra en el libro de Hechos. En un par de ocasiones, el Espíritu cayó sobre un grupo mientras Pedro les hablaba (Hechos 10:44-46; 11:15-17). Parece que Dios guio a la iglesia a recibir el bautismo del Espíritu de una manera más ordenada también mediante la imposición de manos (Hechos 8:12-17; 19:1-6). Obsérvese en Hechos 8 que los individuos de Samaria fueron guiados por el Espíritu a aceptar a Cristo y a ser bautizados. Sin embargo, no habían recibido el bautismo del Espíritu Santo. Pedro y Juan vinieron a ellos desde Jerusalén con el propósito específico de imponerles las manos y orar para que el bautismo del Espíritu viniera sobre ellos. Esta es una clara indicación de que el bautismo en agua y el bautismo del Espíritu son dos experiencias separadas. El Espíritu guía a un individuo a aceptar a Cristo y a ser bautizado en agua. Esta es una obra diferente al bautismo del Espíritu, que debe buscarse por separado cuando uno se da cuenta de ello. Vemos en Hechos que Pablo también recibió el bautismo del Espíritu mediante la imposición de manos y la oración (Hechos 9:17). Quien realice esta oración con imposición de manos debe ser un creyente que haya recibido el bautismo del Espíritu Santo.

Un creyente que desea el bautismo del Espíritu Santo no necesariamente tiene que pedir que alguien ore por él imponiéndole las manos. Cuando comencé a compartir esta enseñanza con nuestra iglesia, una de las miembros

decidió esa misma noche buscar el bautismo del Espíritu. Ella oró con fervor para que Dios la llenara con Su Espíritu. Más tarde dijo que sintió la paz más grande que jamás había experimentado. Dios no se ha limitado a un solo método para recibir el bautismo del Espíritu. Creo que la ceremonia especial de orar con imposición de manos es una manera maravillosa de buscar la llenura del Espíritu. Siempre es una bendición especial compartir esta experiencia sagrada con un hermano en la fe.

Ellen White afirmó hace muchos años:

«Lo que necesitamos es el bautismo del Espíritu Santo. Sin esto, no estamos más capacitados para salir al mundo que los discípulos después de la crucifixión de su Señor.» Review & Herald, 18 de febrero de 1890.

«Inculcad a todos la necesidad del bautismo del Espíritu Santo, la santificación de la iglesia, para que sean árboles vivos, en crecimiento, que den fruto de la plantación del Señor.» Testimonies Vol. 6, p.86.

Cuando uno lee las declaraciones de Ellen White sobre el bautismo del Espíritu Santo, queda claro que ella vio su importancia e instó a todo creyente a buscarlo. Para ella era claro que el bautismo del Espíritu era esencial para que la obra de Dios se terminara en la vida de Su pueblo y en esta tierra. Por eso, los de Laodicea deben recibir el «colirio» para salir de su condición espiritualmente ciega.

También queda claro de estas declaraciones que ella consideraba la conversión por el Espíritu y el bautismo del Espíritu como dos experiencias separadas en el Espíritu. Si uno recibiera automáticamente el bautismo del Espíritu en la conversión o en el bautismo en agua, no habría razón para que Ellen White afirmara: *«Lo que necesitamos es el bautismo del Espíritu Santo»*.

Dios buscó atraer de nuevo la atención de nuestra denominación a esta experiencia tan importante en la primavera de 1928, cuando el Anciano LeRoy Froom fue guiado a presentar este tema a los delegados y obreros en los institutos ministeriales cuatrienales celebrados en conjunto con las sesiones de la unión. El libro *The Coming of the Comforter* (La Venida del Consolador) resultó de estas presentaciones.

Refiriéndose a nuestra negligencia en comprender y recibir el bautismo del Espíritu Santo, LeRoy Froom afirma:

«Estoy persuadido de que este es nuestro error colosal. Confieso que ha sido el mío. No debemos "ir" hasta que seamos investidos... Todo servicio verdadero comienza en nuestro Pentecostés personal.» *The Coming of the Comforter*, p.94.

Froom continúa:

«Porque hay una experiencia más allá y por encima del paso inicial por el cual el Espíritu Santo revela por primera vez el pecado y engendra una nueva vida en el alma, y es la de ser llenado con el Espíritu. Por la falta de esto, el testimonio de uno es débil y la vida espiritual, solo parcial.»

«¡Ay!, muchos hoy han llegado hasta el bautismo de arrepentimiento, pero no más allá.» Ibid. 142-143.

El estudio de Froom lo llevó a creer que la llenura del Espíritu es necesaria para que el creyente sea victorioso a través del tiempo de angustia hasta la venida de Cristo.

«Es una relación en la que podemos o no entrar, aunque somos exhortados, sí, divinamente mandados a hacerlo, en Efesios 5; y para permanecer a través del tiempo en que no habrá intercesión sumosacerdotal, cuando la misericordia cese y el perdón por las transgresiones termine, debemos entrar.» Ibid. 170.

Ha habido mucha desinformación y confusión sobre lo que sucede cuando una persona recibe el bautismo del Espíritu Santo. Satanás teme esta experiencia en el creyente más que ninguna otra. Él sabe que el bautismo del Espíritu Santo romperá su poder en la vida del creyente y que el poderoso testimonio resultante para Jesucristo pondrá fin a la obra de Satanás en el planeta Tierra. Por esta razón, ha hecho todo lo posible para confundir esta enseñanza y hacer que muchos cristianos sinceros la malinterpreten e incluso desconfíen de ella.

«No hay nada que Satanás tema tanto como que el pueblo de Dios despeje el camino, quitando todo estorbo, para que el Señor pueda derramar Su Espíritu sobre una iglesia languideciente y una congregación impenitente.

Cuando el camino está preparado para el Espíritu de Dios, la bendición vendrá.» Review & Herald, 22 de marzo de 1887.

Recibir el bautismo del Espíritu no implica necesariamente una experiencia altamente emocional. Uno puede o no sentir algo al momento de buscar la llenura del Espíritu. Sin embargo, el Espíritu se dará a conocer a aquel en quien mora. Su presencia comenzará a cambiar la vida del creyente desde dentro. Se manifestará un nuevo poder para la victoria y el servicio, y se experimentará un deseo más fuerte de orar y estudiar la Palabra de Dios.

Dios desea dar a Sus hijos esta maravillosa experiencia del bautismo del Espíritu. Sin embargo, para recibirla, debemos pedir con fe, creyendo que Él lo concederá. En segundo lugar, debemos estar dispuestos a entregarnos completamente a Dios.

«El corazón debe ser vaciado de toda impureza y limpiado para la morada del Espíritu. Fue mediante la confesión y el abandono del pecado, mediante la oración ferviente y la consagración de sí mismos a Dios, que los primeros discípulos se prepararon para el derramamiento del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés.» Testimonies to Ministers, p. 507.

Por eso Jesús le dice a Laodicea que deben «comprar» el colirio de Él. Para recibirlo, uno debe entregarse al 100% a Jesús. Esta fue la experiencia de los discípulos mientras oraron durante 10 días antes de recibir el bautismo del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés.

«Se les mandó no salir de Jerusalén hasta que hubieran sido investidos de poder de lo alto. Por lo tanto, permanecieron en Jerusalén, ayunando y orando. Vaciaron sus corazones de toda amargura, todo distanciamiento, todas las diferencias; porque esto habría impedido que sus oraciones fueran una sola. Y cuando se vaciaron de sí mismos, Cristo llenó el vacío. El Espíritu Santo vino sobre ellos y llenó toda la casa donde estaban sentados. Entonces se cumplió la promesa: «Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.» (Signs of the Times, 20 de enero de 1898, párrafo 8).

Busca el Bautismo Cada Día

Otro punto muy importante es que debemos renovar esta llenura cada día. Pablo dijo: «Os aseguro, hermanos, por la gloria que de vosotros tengo en nuestro Señor Jesucristo, que cada día muero.» (1 Corintios 15:31, RVR1960). El morir al yo y la llenura del Espíritu es una experiencia diaria. No es una experiencia *«una vez y para siempre»*. Pablo nos dice que el *«hombre interior se renueva de día en día»* (2 Corintios 4:16). Necesitamos la renovación del Espíritu cada día de nuestra vida. Además, el mandato de Pablo de «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu,» (Efesios 5:18, RVR1960) es un verbo de acción continua en el griego, lo que significa que debemos seguir siendo llenados del Espíritu diariamente. Con la llenura del Espíritu, el creyente es guiado por el Espíritu. Pablo escribe sobre la importancia de que esto sea una experiencia diaria cuando afirma: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.» (Romanos 8:14, RVR1960).

De nuevo, la forma verbal en griego es de acción continua. Pablo está diciendo: *«todos los que continuamente son guiados diariamente por el Espíritu de Dios»* son los hijos de Dios. Por lo tanto, debemos recibir el Espíritu cada día para ser guiados por Él cada día.

Cristo es nuestro ejemplo en todas las cosas. Nótese lo que Ellen White escribe sobre el bautismo del Espíritu en la vida diaria de Cristo.

«Diariamente recibía un nuevo bautismo del Espíritu Santo. En las primeras horas del nuevo día, el Señor lo despertaba de su sueño, y su alma y sus labios eran ungidos con gracia, para que pudiera impartir a otros.» Christ Object Lessons, p.139.

Jesús Vive en el Creyente Lleno del Espíritu

Juan nos dice que los cristianos que estén viviendo cuando Jesús venga serán *«como»* Él (1 Juan 3:2). ¿Cuánto nos pareceremos a Jesús? La palabra griega traducida como *«como»* significa *«exactamente como»* Él. ¿Cómo puede suceder esto? A través del bautismo diario del Espíritu Santo, Jesús vivirá Su vida en nosotros. Pablo describió esto cuando escribió: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que

ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960).

Mediante la llenura del Espíritu Santo, Cristo vendrá y vivirá en cada uno de nosotros. El texto citado anteriormente afirma que el creyente lleno del Espíritu tendría la «*fe de Jesús*». ¿Por qué? Porque Jesús vive en ellos.

El creyente lleno del Espíritu tendrá la mente de Cristo (1 Corintios 2:16, Filipenses 2:5). Tendrá los gustos y aversiones de Cristo, el amor a la justicia y el odio al pecado que Cristo tiene. Tendrá el mismo deseo de obedecer al Padre que Cristo tiene (Salmo 40:7-8) y la misma pasión por las almas que Cristo tiene (Lucas 19:10). Pablo nos dice que la sabiduría —la justicia— la santidad de Cristo es suya (1 Corintios 1:30); toda virtud y cualidad de Cristo. Se parecerán cada vez más a Cristo cada día a medida que sean transformados en Su «*imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor*» (2 Corintios 3:18).

Cristo viviendo en el creyente a través de la llenura del Espíritu hace que el carácter de Cristo se desarrolle plenamente en ellos. El Espíritu Santo produce el «*fruto del Espíritu*» cuando mora en nosotros (Gálatas 5:22-23). Este maravilloso fruto del carácter se manifestará en la vida cada vez más abundantemente a medida que el Espíritu tome mayor posesión de la vida. El Espíritu tomará tal control del creyente que este llegará a ser como Jesús en todos los sentidos (1 Juan 3:2). Ellen White describe esto muy bien en la siguiente declaración:

«Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, que cuando le obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos. La voluntad, refinada y santificada, hallará su más alto deleite en servirle. Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso.» (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 621).

El bautismo del Espíritu Santo traerá el cumplimiento de la promesa de Cristo de que los creyentes harían las «*obras*» que Él hizo y obras mayores (Juan 14:12). Cristo hará las mismas obras hoy a través del creyente como lo hizo cuando caminó sobre esta tierra hace 2000 años. Esto sucede cuando el creyente recibe el bautismo del Espíritu Santo y continúa andando en el Espíritu. De hecho, Jesús dijo que los creyentes harían «*obras mayores*» porque las obras de Jesús se manifestarán a través de cada creyente que lo reciba plenamente. En un sentido muy real, todo creyente se convierte en Cristo para el mundo. Nos convertimos en la boca, las manos, los pies de Cristo, haciendo las mismas obras que Él hizo: predicar, enseñar, sanar, echar fuera demonios, etc.

Es esta plena «*manifestación de los hijos de Dios*» lo que toda la creación está esperando (Romanos 8:19). Cuando esto ocurra en su plenitud, la tierra será entonces iluminada con el carácter de la gloria de Dios y vendrá el fin (Apocalipsis 18:1).

Beneficios de Recibir el Bautismo

El bautismo del Espíritu Santo da poder a nuestro testimonio y produce el fruto del carácter de Cristo en la vida. Pablo habla de esto cuando escribe: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.» (2 Corintios 3:18, RVR1960).

La gloria de Dios es Su carácter (Éxodo 33:18-19). Pablo afirma aquí que el creyente crecerá en el carácter de Cristo, «*de gloria en gloria*», por el Espíritu del Señor que mora en él. La llenura del Espíritu de Dios os «*perfeccione en toda buena obra para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos*» (Hebreos 13:21).

Ellen White reafirma el desarrollo del carácter que recibe el que ha sido lleno del Espíritu cuando escribe:

«Cuando el Espíritu de Dios se posiona del corazón, transforma la vida. Los pensamientos pecaminosos son puestos a un lado, las malas acciones son abandonadas; el amor, la humildad y la paz, reemplazan a la ira, la envidia y

las contenciones. La alegría reemplaza a la tristeza, y el rostro refleja la luz del cielo.» (*El Deseado de Todas las Gentes*, p.144).

Podemos ver claramente por qué Jesús aconseja a los de Laodicea que reciban este colirio del Espíritu. Es la única manera de salir de su condición espiritualmente ciega y espiritualmente débil.

Debemos Experimentar la Lluvia Temprana para Recibir la Lluvia Tardía del Espíritu

Es tiempo de que caiga la «*lluvia tardía*». Si no experimentamos la llenura del Espíritu, que es la «*lluvia temprana*» (Joel 2:23), no estaremos preparados para recibir y participar en la obra de la lluvia tardía. Creo que Dios se está moviendo entre Su pueblo hoy y los está guiando a esta maravillosa experiencia. Presentaré esta importante verdad en otro capítulo.

Una Necesidad para Salir de Laodicea

Como mencioné al principio de este capítulo, para salir de nuestra condición laodicense y estar listos para la segunda venida de Cristo, debemos experimentar diariamente el bautismo del Espíritu Santo. La experiencia de ser llenos del Espíritu no es una opción para aquellos que están listos para encontrarse con Jesús cuando regrese. ¡Es una *necesidad*! Ellen White confirma esto con las palabras:

«Nada, sino el bautismo del Espíritu Santo, puede elevar a la iglesia a su posición correcta y preparar al pueblo de Dios para el conflicto que se acerca rápidamente.» Carta 15, 1889, Dr. Burke.

La Vestidura Blanca – La Justicia Justificadora de Cristo

Para que la iglesia pueda salir de Laodicea y cumplir su propósito, es necesario que entienda y experimente la justicia por la fe (la vestidura blanca); tanto la justicia justificadora como la santificadora. En este capítulo me enfocaré en el aspecto de la justificación al recibir la justicia de Cristo, que se ha denominado recibir la justicia “imputada” de Cristo. La justificación y la santificación, la justicia imputada e impartida de Cristo, van de la mano cuando uno acepta a Cristo como Salvador. Son dos caras de la misma moneda. El deseo de Dios es que el creyente experimente ambas en la vida. El problema a lo largo de los siglos ha sido la confusión respecto a lo que la Biblia enseña sobre estos temas importantes, y cómo experimentarlos en la mayor medida posible en la vida de uno.

Ser justificado es ser declarado libre de la culpa y la pena por quebrantar la ley. Por ejemplo, si se le acusa de quebrantar alguna ley, será llevado a la corte, juzgado y sentenciado. Si se le declara culpable, recibirá una pena justa por su transgresión. Si durante el juicio se le encuentra inocente de los cargos, entonces será declarado “*justificado*”. Quedará libre de la culpa y la pena por el quebrantamiento de la ley que se le acusó de cometer.

La Condición del Hombre

El primer paso para entender y experimentar la justificación de nuestra desobediencia a la ley de Dios es saber lo que la Biblia enseña acerca de la condición natural del hombre ante Dios. Según la Biblia, somos pecadores de principio a fin. Ninguno de nosotros es justo (Romanos 3:10,23). Debido a esta condición, todos estamos condenados a muerte como transgresores impíos de la ley (Romanos 6:23). Esta terrible condición sobrevino a la humanidad a través del padre de todos nosotros, Adán (Romanos 5:12).

Su pecado trajo esta condición pecaminosa sobre la humanidad. Junto con esta condición pecaminosa, llegó la justa pena de muerte. Por lo tanto, todo ser humano se presenta ante Dios como un pecador condenado que merece la

muerte. Esa es nuestra condición desesperada e indefensa, y a menos que Dios haga algo por nosotros, todos estamos eternamente perdidos; separados de Dios. Esta es la razón por la que Jesucristo se hizo uno de nosotros.

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.» (Juan 3:16-18, RVR1960).

Una vez que uno entiende esto, podría decir: “Ahora me doy cuenta de que soy un pecador. Así que empezaré a obedecer la ley de Dios y Él me aceptará o justificará; me declarará libre de la culpa y de la pena de muerte por mi pecado. Ahora empezaré a obedecer la ley de Dios y me haré justo a Sus ojos.”

La verdad es que cuando nos damos cuenta de que somos transgresores pecaminosos de la ley, somos incapaces de empezar a guardar la ley de Dios para lograr la justicia y la justificación; la libertad de la culpa y la pena del pecado en nuestra vida. Respecto a esto, Pablo escribió: «ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.» (Romanos 3:20, RVR1960).

No importa cuánto nos *esforcemos* por obedecer la ley de Dios, seguimos sin alcanzar la obediencia justa perfecta. No, somos pecadores de principio a fin; esclavos del pecado a causa de nuestra naturaleza pecaminosa (Romanos 7:14, 18). Estamos llenos de injusticia. «Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda,
No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;
No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.» (Romanos 3:10-12, RVR1960).

Un Error Fatal

Esta fue la “*trampa*” o el error espiritual en el que cayeron los judíos de los días de Cristo. Creían que podían ser justos ante los ojos de Dios guardando la

ley (Romanos 9:31-32). Intentaban lo imposible y no lo sabían. Así que cuando Cristo vino predicando la justicia por la fe, los líderes religiosos creyeron que Él enseñaba herejía. Rechazaron al Único a través de quien podían llegar a ser justos. El apóstol Pablo escribió sobre su condición y declaró claramente que Cristo es el “*fin*” o el cumplimiento de la ley para justicia a todos los que creen en Él:

«Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.» (Romanos 10:1-4, RVR1960).

Por otro lado, los no judíos (gentiles) que aceptaron a Cristo alcanzaron la justicia ante Dios. ¿Cómo lo hicieron? Se hicieron justos ante Dios por “*fe*” en Cristo y en Su justicia (Romanos 9:30). Pues la Biblia enseña que no hay manera de ser justo y ser salvo sino a través de la creencia en Cristo (Hechos 4:12). Nadie es hecho justo y salvo por sus propias obras de justicia. La justicia y la salvación vienen solo por la fe en Jesús (Tito 3:5-6). Pablo escribió:

«ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; ... Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.» (Romanos 3:20-28, RVR1960).

No hay justicia en esta tierra excepto la justicia de Cristo. «y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe;» (Filipenses 3:9, RVR1960).

Esto se aplica tanto a la justicia imputada como a la impartida (justicia justificadora y santificadora) en la vida del cristiano. La Biblia enseña que recibimos la justicia imputada de Cristo y la justicia impartida por nuestra fe en Él. Experimentamos tanto la justificación como la santificación por la fe en Cristo (Colosenses 2:6).

El Don de Jesús

Esta es la razón por la que Jesucristo eligió nacer como hombre, vivir una vida humana victoriosa sobre el pecado y permitirse ser entregado a la muerte. Solo Cristo, el Dios-hombre, pudo salvar al hombre (Juan 1:1-4, 14). Cuando Jesús anduvo por esta tierra como hombre, vivió una vida perfecta, sin pecado y justa (1 Pedro 2:22). Fue tentado en todo punto, tal como nosotros, y obtuvo la victoria sobre cada tentación (Hebreos 4:15).

El apóstol Pablo contrasta a Adán y a Cristo en el quinto capítulo de Romanos. Señala que, a través del pecado de Adán, todos sus descendientes (tú y yo) se hicieron pecadores por naturaleza. Por lo tanto, Adán y todos sus descendientes son culpables ante Dios y condenados a muerte (Romanos 5:12). Por otro lado, Cristo vino y vivió una vida perfectamente justa. Debido a esto, quien elige creer en Cristo tiene Su justicia dada gratuitamente (Romanos 5:17-19). Esta transacción ocurre por “fe”. Por eso el cristiano llega a ser justo a los ojos de Dios por la fe en Cristo. La justicia de Cristo le es puesta, le es imputada, o es cubierto por la justicia de Cristo por la fe; al creer que así es. El cristiano no puede hacer nada para ganar esta justicia.

Así, es como un hombre o una mujer pueden llegar a ser justos. Responden a la convicción del Espíritu Santo de que Jesús es su Salvador y que ellos son pecadores. Aceptan a Cristo como su Salvador, confiesan su pecado y piden a Dios que los perdone. Creen que son perdonados (1 Juan 1:9). Creen que ahora están cubiertos con la justicia de Cristo. Así, cuando Dios los mira, ve obediencia perfecta; la obediencia de Cristo; justicia perfecta, la justicia de Cristo. Aceptan el hecho de que Cristo murió por su pecado (Isaías 53:5-6). Por fe aceptan el don gratuito del perdón, la justicia y la vida eterna que Jesús les da (Romanos 6:23; 1 Juan 5:11-13). Por fe se presentan “*justificados*” ante Dios; libres de la culpa y la pena del pecado.

Por la fe en Cristo ocurre un intercambio maravilloso en el cristiano. Jesús toma sobre Sí nuestros pecados y la pena de muerte, y nos da Su justicia perfecta y vida eterna. Ellen White escribió sobre esto con las siguientes palabras:

«Cristo fué tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Fué condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la cual no habíamos participado. El sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya. “Por su llaga fuimos nosotros curados (El Deseado de Todas las Gentes, p. 16).

Comprender y experimentar la justicia justificadora de Cristo es esencial para que aquellos en Laodicea salgan de su condición espiritualmente “desnuda” y cumplan el propósito y la misión de la iglesia. Solo aquellos que están experimentando la justicia imputada de Cristo (justificación) y la justicia impartida (santificación) serán sellados, experimentarán la lluvia tardía y estarán listos para el regreso de Cristo.

Satanás sabe esto y ha ideado su apostasía “omega” para impedir que la justicia de Cristo se manifieste en la vida. Está llevando a muchos a aceptar la justicia justificadora de Cristo, pero a rechazar la verdad de la justicia santificadora e impartida de Cristo, que conduce a una obediencia perfecta a la ley de Dios. Aquellos engañados descansan en la justicia justificadora de Cristo creyendo que es todo lo que necesitan para ser salvos. Creen que la justicia santificadora de Cristo solo puede ser parcial en la vida de uno y que la victoria completa sobre el pecado no es posible. Trágicamente, estos individuos no saldrán de su condición laodicense. Son las vírgenes fatuas sin el aceite del Espíritu.

La Vestidura Blanca – La Justicia Santificadora de Cristo

La gran controversia siempre ha girado en torno a Cristo y la ley de Dios. Leemos sobre esto en el libro de Apocalipsis cuando la controversia comenzó por primera vez en el cielo (Apocalipsis 12:7-10). Satanás odia a Cristo y siempre ha intentado reemplazarlo (Isaías 14:12-14). Él odia la ley de Dios y busca reemplazarla.

La misma controversia tiene lugar hoy en la vida de hombres y mujeres. Satanás desea reinar en el trono del corazón. Él quiere que la humanidad siga sus caminos, no los caminos de Cristo ni la ley de Dios. En el ámbito de la vida cristiana, él quiere reemplazar la justicia de Cristo con los esfuerzos del hombre por volverse justo, lo cual es legalismo. Él quiere que busquen su propia justicia en sus esfuerzos en lugar de en Cristo y Su justicia. Él quiere que se miren a sí mismos en busca de obediencia en lugar de a Cristo manifestando Su obediencia en y a través de ellos. O, por otro lado, Satanás lleva a los individuos a creer que la obediencia plena y completa a la ley de Dios es imposible. Cualquiera de los dos errores es el resultado de ser engañado por la apostasía “omega” de Satanás.

Sin embargo, es solo cuando el pueblo de Dios experimenta la obediencia justa de Cristo en sus vidas que puede salir de su condición laodicense. Así es como reciben las «*vestiduras blancas*» que Dios dice que deben tener (Apocalipsis 3:18).

Justicia por Obras – La Respuesta Natural del Hombre

Buscar ser justos por nuestras obras, por los propios esfuerzos, le es natural al hombre. Somos criados con la enseñanza de que si queremos algo tenemos que trabajar para conseguirlo; las recompensas y beneficios son el resultado de nuestros esfuerzos.

Cuando Dios libró a Israel de su esclavitud egipcia y les dio Sus mandamientos y estatutos, leemos su respuesta en Éxodo 19:7-8.

«Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo.» (Éxodo 19:7-8, RVR1960).

Dios sabía que no podían lograr la obediencia con sus propias fuerzas. Sin embargo, Él honró su declaración sabiendo que necesitaban aprender por sí mismos que habían prometido algo que les sería imposible cumplir por sus propios esfuerzos. Esto se llama el Antiguo Pacto en la Biblia; la promesa de Israel de obedecer a Dios por sus propios esfuerzos: «*Todo lo que Jehová ha dicho, haremos*».

A lo largo de los siglos hasta la época de Cristo, los líderes y el pueblo judío todavía pensaban que podían ser justos guardando la ley de Dios. Los rabinos y fariseos estaban tan convencidos de esto que crearon muchas leyes en sus tradiciones, que no estaban en la Biblia, con el propósito de proteger la ley de Dios de ser pisoteada por la desobediencia. Fueron estas reglas y tradiciones de las que los fariseos acusaron a Jesús de quebrantar. Ninguno de estos esfuerzos condujo a la verdadera justicia, pues es imposible para el hombre alcanzar la justicia esforzándose por guardar la ley de Dios.

Pablo era consciente del fracaso de los judíos para alcanzar la justicia cuando escribió:

«¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo,» (Romanos 9:30-32, RVR1960).

«Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.» (Romanos 10:1-4, RVR1960).

Pablo entendió que Cristo es la única fuente de justicia para la humanidad. Por eso escribió: «*Cristo es el fin de la ley para justicia*». El «*fin*» o meta de la ley es la justicia, pues los preceptos de la ley definen la justicia, que es inalcanzable por los esfuerzos del hombre para obedecerla. Por lo tanto, Dios envió a Cristo para cumplir todos los requisitos que la ley demanda para la justicia. Por ende, uno puede volverse justo solo por la fe en la justicia justificadora y santificadora de Cristo.

Nuevo Pacto – La Justicia de Dios

Que Dios provea la justicia de la ley a través de Cristo es lo que la Biblia llama el Nuevo Pacto, que se basa en mejores promesas; la promesa de Dios de cumplir los requisitos de Sus mandamientos para ellos y en ellos. Los profetas del Antiguo Testamento predijeron que habría un Nuevo Pacto.

«He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.» (Jeremías 31:31-33, RVR1960).

«Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.» (Ezequiel 36:25-27, RVR1960).

A lo largo del Nuevo Testamento se declara que Jesucristo cumplió los requisitos justos de la ley. Respecto a esto, Pablo escribió sobre su deseo de «*ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por fe*» (Filipenses 3:9).

Cristo es el mediador del Nuevo Pacto, que se basa en las promesas de Dios de proveer justicia para el hombre, y no en la promesa del hombre de volverse justo guardando la ley de Dios.

« **6**Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. **7**Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. **8**Porque reprendiéndolos dice: *He aquí vienen días, dice el Señor, En que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; 9No como el pacto que hice con sus padres El día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Porque ellos no permanecieron en mi pacto, Y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. 10Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, Y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, Y ellos me serán a mí por pueblo; 11Y ninguno enseñará a su prójimo, Ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; Porque todos me conocerán, Desde el menor hasta el mayor de ellos. 12Porque seré propicio a sus injusticias, Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.*» (Hebreos 8:6-12).

Los cristianos de hoy pueden caer fácilmente de nuevo en la obediencia del Antiguo Pacto una vez que aceptan a Cristo. Me atrevería a decir que casi todo cristiano ha seguido el ejemplo de Israel en el desierto. Cuando uno acepta a Cristo y está agradecido por la salvación que Él les da, es natural preguntarle al Señor qué quiere que hagan. Él revela Su voluntad en Su palabra, la Biblia. Entonces la respuesta natural es: «*Te amo, Señor. Por lo tanto, todo lo que me pides que haga, lo haré.*» Esta es una respuesta del Antiguo Pacto. Sin embargo, el joven cristiano aún no sabe lo imposible que le será cumplir esa promesa. Así que él/ella entra en una vida de obediencia esporádica, cayendo y fallando una y otra vez. Su andar cristiano se vuelve desalentador y una carga.

Los cristianos en Galacia cayeron en esta misma actitud del Antiguo Pacto. Se hicieron cristianos por el poder transformador del Espíritu Santo, pero luego comenzaron a tratar de volverse como Jesús guardando la ley de Dios por sus propios esfuerzos. De esto Pablo escribió:

«¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?» (Gálatas 3:3, RVR1960).

El propósito de Pablo nunca fue desechar o abolir la ley de Dios. En respuesta a esta falsa acusación, respondió:

«¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley.» (Romanos 3:31, RVR1960).

Cuando el cristiano entra en el Nuevo Pacto por fe en Cristo para su obediencia justa, la ley es establecida en su corazón y vida por su fe. El Espíritu Santo comienza a escribir la ley de Dios en el corazón.

«siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.» (2 Corintios 3:3, RVR1960).

Por lo tanto, vemos que el Nuevo Pacto no elimina la ley de Dios. La ley de Dios sigue presente. El único cambio que ha ocurrido es la relación del cristiano con la ley. Antes de que uno acepte a Cristo, la ley lo condena como un pecador merecedor de muerte. Una vez que uno acepta a Cristo como su Salvador, la condena de la ley ya no recae sobre él porque Cristo sufrió en la cruz por él la condena y la pena de muerte por su pecado. Por lo tanto, está libre de la culpa y la pena de muerte por el pecado. Así, como Pablo lo expresó, «*de manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe*» (Gálatas 3:24).

Una vez que el cristiano acepta a Cristo, desea guardar la ley de Dios porque el Espíritu está poniendo el deseo de obedecer en su corazón. Sin embargo, pronto descubre que es imposible guardar la ley de Dios esforzándose por obedecer. Así que la ley se convierte en su «ayo» que lo señala a Cristo como un Salvador «*santificador*». Entonces aprende a «*mirar a Jesús*» (Hebreos 12:1-2) cuando es tentado, pidiéndole a Cristo que le dé Su victoria sobre cada tentación que se le presente. Por lo tanto, experimenta a Cristo como su Salvador justificador y Salvador santificador. Entra plenamente en la experiencia del Nuevo Pacto por la fe en Cristo.

El Evangelio de la Liberación del Pecado

El apóstol Pablo entendió el evangelio de la victoria sobre el pecado cuando escribió: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (Romanos 6:1-2, RVR1960).

Aquí Pablo declara claramente que el seguidor de Jesucristo no debe vivir una vida de pecado habitual. Luego continúa explicando por qué es así.

«¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado» (Romanos 6:3-7).

Pablo nos está diciendo en estos versículos que todos los que han aceptado a Jesucristo murieron con Él en la cruz y fueron sepultados con Él en la tumba. Por lo tanto, tu vieja naturaleza pecaminosa; el tú amante del pecado, el tú orgulloso, el tú que no perdona, el tú enojado, el tú lujurioso, está muerto y sepultado con Cristo. Por lo tanto, tu vieja naturaleza pecaminosa está muerta y sepultada, y ya no necesita controlarte.

Así que cuando eres tentado a pecar, debes creer que la vieja naturaleza pecaminosa que una vez te controló ya no necesita controlarte, y que no necesitas ceder a la tentación de pecar. En el momento de la tentación, simplemente vuelves a poner ese yo pecaminoso en la cruz y crees que está muerto y sepultado con Cristo. Esto es lo que significa «*morir diariamente*» y «*tomar tu cruz diariamente*».

Sabiendo esto como un hecho y que no tienes que vivir la vieja vida de pecado, Pablo continúa escribiendo:

«Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se

enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, para el pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Romanos 6:8-14).

Debido a que has muerto con Cristo y fuiste sepultado con Él, también has resucitado con Cristo y puedes vivir una vida de obediencia a Dios. Porque ahora estás «*muerto al pecado, pero vivo para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro*». Por lo tanto, no necesitas «*presentar vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad*», sino que ahora puedes presentarte «*a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia*».

En su carta a los Gálatas, Pablo describe claramente cómo el cristiano debe vivir una vida obediente a través de Cristo.

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960).

Aquí Pablo declara cómo el cristiano debe vivir la vida obediente diciéndonos cómo él lo hizo. Primero, aceptó el hecho de que fue «*crucificado con Cristo*». El viejo Pablo pecaminoso estaba muerto y sepultado con Cristo. Luego se apresura a señalar que «*sin embargo, vivo*». Sin embargo, no es Pablo quien realmente vive y controla su vida. Más bien afirma: «*y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*». Para Pablo, Cristo viviendo en él era una realidad. Por lo tanto, Pablo dependía de Cristo para la victoria sobre el pecado, lo cual expresa con estas palabras: «*lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios*». La frase «*la fe del Hijo de Dios*» significa la obediencia fiel del Hijo de Dios a Su Padre. Así, lo que Pablo está diciendo es que él vive la vida cristiana obediente dependiendo en fe de Cristo, quien vive en él, para

continuar viviendo una vida de obediencia a Su Padre en y a través de Pablo. Así, la obediencia de Pablo es en realidad la justicia obediente de Cristo manifestada en y a través de él. Esta es la verdadera experiencia bíblica de la santificación por la fe solo en Cristo. La justicia de Cristo es «*impartida*», o se convierte en la vida del creyente.

Para tener la victoria que Dios quiere que tengamos, debemos mantener nuestros ojos en Cristo constantemente o, como dice Pablo: «*Orad sin cesar*» (1 Tesalonicenses 5:17). Debemos ser diligentes para ser guiados por el Espíritu momento a momento, y ser sensibles a la convicción del Espíritu cuando la tentación se nos presente. Esto requerirá una *entrega del 100%* de uno mismo el *100% del tiempo*. Así es como el creyente «*compra*» las «*vestiduras blancas*».

Verás, nuestra naturaleza pecaminosa intentará dominarnos. Gitará para ser satisfecha por nuestra cesión a la tentación. Nuestra parte es elegir voluntariamente alejarnos de la tentación; «*negar el yo*», «*tomar nuestra cruz*», «*morir*» al anhelo de cumplir la tentación y mirar a Cristo pidiéndole que nos dé Su victoria sobre ella y creer que Él hará precisamente eso. Todo lo que podemos hacer es elegir y creer. Elegimos entregando nuestra voluntad a Dios y luego creemos que Cristo nos dará Su victoria. Esta es la experiencia que tendrán aquellos que salgan de Laodicea, reciban la lluvia tardía y estén listos para el regreso de Cristo.

Puede que te encuentres deseando un pecado particular al que realmente no quieras renunciar. En ese caso, nuevamente, *mira a Jesús*. Pídele que te dé Su deseo con respecto a ese pecado en particular. Porque Jesús no solo nos da el perdón por el pecado, sino también el arrepentimiento; un deseo de no querer el pecado (Hechos 5:31).

«La victoria no se gana sin mucha oración ferviente, sin la humillación del yo a cada paso. Nuestra voluntad no debe ser forzada a cooperar con las agencias divinas, sino que debe ser voluntariamente sometida. Si fuera posible imponer sobre ti con una intensidad cien veces mayor la influencia del Espíritu de Dios, no te haría cristiano, un sujeto apto para el cielo. La fortaleza de Satanás no se rompería. La voluntad debe ser puesta del lado de la voluntad de Dios. No eres capaz, por ti mismo, de someter tus propósitos,

deseos e inclinaciones a la voluntad de Dios; pero si estás “dispuesto a ser dispuesto”, Dios hará la obra por ti, incluso “derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5). Entonces “ocuparéis vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12, 13)» (*El Discurso Maestro de Jesucristo*, p. 142).

Fe Santificadora

Este asunto estuvo en el corazón de la Reforma Protestante. El grito de batalla de la reforma fue «*sola fide*», «*solo por la fe*». Este asunto está en el corazón del evangelio y el mensaje de la justicia por la fe. También es la forma de evitar caer en la apostasía «*omega*» de Satanás.

La Biblia es clara al respecto. Concerniente al andar cristiano con Dios, Pablo escribió: «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él;» (Colosenses 2:6, RVR1960).

La manera en que uno recibe a Jesucristo como su Salvador justificador es por la fe. Él cree que Jesús es el Hijo de Dios, murió por sus pecados, perdona sus pecados y le da vida eterna. Uno se hace cristiano por la fe en Cristo. Las obras no están involucradas.

Dios no requiere que un pecador perdido comience a hacer buenas obras antes de venir a Cristo. El pecador no tiene que «*limpiar*» su vida y tratar de hacerse aceptable a Dios antes de recibir la salvación. No, el pecador simplemente viene a Cristo tal como es y lo acepta por fe como Su Salvador; acepta lo que Cristo ha hecho por él. El mismo principio de fe se aplica al cristiano que está siendo santificado; viviendo la vida obediente.

Una vez que uno nace de nuevo y comienza a buscar vivir la vida cristiana, es natural que se centre en sus propios esfuerzos para obedecer la ley de Dios. Sin embargo, pronto descubre que esto es imposible. Pablo describió esta imposibilidad.

«Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra

ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.» (Romanos 7:21-23, RVR1960).

Pablo había experimentado personalmente la imposibilidad de obedecer la ley de Dios a través de sus propios esfuerzos. Se vio obligado a exclamar: «¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Romanos 7:24, RVR1960).

Luego da la respuesta a su clamor: «*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro...*» (Romanos 7:25). El apóstol Pablo había aprendido que la fe en Cristo era la única manera de vivir victoriamente la vida cristiana obediente. «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.» (Romanos 8:3-4, RVR1960).

Para andar en el Espíritu, uno debe experimentar diariamente el bautismo del Espíritu Santo y elegir ceder a Sus impulsos. Una vez que se toma la decisión de ceder a los impulsos del Espíritu, debemos *mirar a Cristo* para que Él viva Su victoria sobre las tentaciones en nuestra vida. Por eso Pablo escribió que «*la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*». Cristo, Quien vive en el creyente lleno del Espíritu, cumplirá los requisitos de justicia de la ley en él a medida que ceda o «*ande*» conforme al Espíritu. Es Jesús Quien cumple los requisitos justos de la ley en el creyente.

Cualquier justicia que busquemos obtener por nuestros propios esfuerzos es en realidad injusticia, ya que es imposible alcanzar cualquier justicia aparte de la fe en la justicia de Cristo. El profeta Isaías escribió: «Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.» (Isaías 64:6, RVR1960).

No hay justicia separada de la fe. Por eso Pablo escribió: «...todo lo que no proviene de fe, es pecado» (Romanos 14:23).

La **ÚNICA** manera de vivir una vida cristiana victoriosa es *mirar con fe a Cristo* cuando se es tentado a pecar (Hebreos 12:1-2). La **ÚNICA** manera en que uno puede volverse justo es por la fe en la justicia de Cristo. La **ÚNICA** manera en que la obediencia de uno puede ser santa es por la fe en que Cristo vive Su vida santa, justa y obediente dentro de él. Cuando es tentado, se vuelve inmediatamente a Cristo pidiéndole que manifieste Su victoria sobre esa tentación. La obediencia justa de Cristo se manifestará entonces en su vida. Estará experimentando la justicia por la fe en su caminar con el Señor. Habrá *comprado* las «*vestiduras blancas*». Por eso Pablo escribió:

«Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: «Mas el justo por la fe vivirá»» (Romanos 1:16-17).

El verdadero evangelio de Cristo es un evangelio de «*poder*». Es el mismo poder de Cristo viviendo en nosotros a través del bautismo del Espíritu Santo, trayéndonos «*salvación*» a través de nuestra «*creencia*» o fe en Él. Por lo tanto, el cristiano justificado vive «*por fe*» solo en Cristo para la justicia.

Juan reconoció la fe como el único medio para vencer las tentaciones de Satanás. «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.» (1 Juan 5:4, RVR1960).

Puedes ver por qué Satanás quiere cegar al pueblo de Dios a la maravillosa experiencia de la justicia solo por la fe en Cristo. Primero, quiere reemplazar a Cristo de ese aspecto de la vida del cristiano haciendo que miren a sus propios esfuerzos para vencer en lugar de mirar a Cristo. En segundo lugar, no quiere que tengamos victoria sobre la tentación y el pecado. No quiere que se obedezca la ley de Dios. Porque al experimentar la justicia por la fe, colocamos a Cristo en el centro mismo de nuestro caminar con Dios, y nuestra vida será una vida de obediencia a Dios y a Su ley. A través de nuestra fe en Cristo, la obediencia a la ley de Dios se manifestará en y a través de nosotros por Cristo. Y esa es la verdadera justicia por la fe. Sin embargo, para que recibamos estas «*vestiduras blancas*», debemos tener el «*colirio*» para eliminar nuestra ceguera ante el engaño «*omega*» de Satanás.

Elena G. de White ciertamente entendió la centralidad de la fe en la vida cristiana. Ella escribió:

«El conocimiento de lo que significa la Escritura cuando nos insta a cultivar la fe es más esencial que cualquier otro conocimiento que podamos adquirir.» (*Review and Herald*, 18 de octubre de 1898).

Ella sabía que la fe en Cristo era la única manera de la victoria. Sabía que la fe en la justicia de Cristo era la única manera de ser justos. Sabía que la fe en Cristo era la única manera de la obediencia perfecta a la ley de Dios. Por eso ella respaldó tan fuertemente el mensaje de la justicia por la fe. Sabía que era la única manera de tener a Cristo en el centro de la vida, y convertirse en el pueblo que sale de su condición laodicense, cumple el propósito de Dios para Su iglesia, recibe la lluvia tardía y está listo para encontrarse con Cristo cuando Él regrese en gloria.

La Lucha de la Entrega

La parte del creyente para experimentar la justicia por la fe es entregar sus deseos pecaminosos a Cristo y dejar que Cristo le dé la victoria. Aunque uno haya aceptado a Cristo, todavía tiene deseos pecaminosos dentro de sí. A veces su naturaleza pecaminosa manifestará fuertes deseos de pecar. Los pecados recurrentes en la vida de uno son los pecados habituales que lo han dominado incluso cuando quería obedecer a Cristo. Una y otra vez obtienen la victoria incluso sobre los mejores deseos de uno de hacer el bien. La única solución a esta batalla con el yo es hacer una entrega completa, del 100% («comprar» de Dios) en esos momentos de conflicto con los deseos pecaminosos. Puede haber momentos en que el cristiano clame como Cristo en el Jardín: «*Si es posible, pase de mí esta copa*». Sin embargo, el cristiano en tales momentos también debe decir lo que Cristo dijo: «*Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*».

Una vez que Cristo obtuvo la victoria de la entrega en el Jardín, la victoria de la cruz fue asegurada. Lo mismo ocurre con el pecador en lucha. Una vez que se obtiene la victoria de la entrega, la victoria sobre el pecado está asegurada porque en ese punto Cristo manifestará Su victoria en la vida a medida que el pecador se lo pida a Cristo y crea que Él lo hará.

El cristiano debe darse cuenta de que enfrentará fuertes batallas con sus deseos pecaminosos. Sin embargo, la victoria no se puede obtener esforzándose mucho para vencer estos deseos pecaminosos. No, la victoria se obtendrá cuando uno elija entregar ese pecado recurrente a Dios, y luego pida a Cristo que le dé Su victoria sobre esa tentación. Elige entregar el deseo pecaminoso a Dios y cree que Cristo te dará Su victoria. Es así de simple. Una *entrega del 100% el 100% del tiempo, y mirar a Jesús el 100% del tiempo* para la victoria es la respuesta para vivir una vida cristiana consistentemente victoriosa.

Elena G. de White señaló la naturaleza cooperativa de la victoria cuando escribió:

«Lo que la gente quiere es instrucción. ¿Qué haré para salvar mi alma? Necesitamos más y más piedad vital puesta de manifiesto...» (*Carta 21, 1896*).

«La obra de ganar la salvación es una operación mancomunada. Debe haber cooperación entre Dios y el pecador arrepentido. Es necesaria para la formación de principios rectos de carácter. El hombre debe hacer fervientes esfuerzos para vencer lo que le impide obtener la perfección [entrega del 100%]. Pero es totalmente dependiente de Dios para el éxito [fe en la obediencia de Cristo]. Los esfuerzos humanos, por sí solos, son insuficientes [entrega del 100%]. Sin la ayuda del poder divino, no se conseguirá nada. Dios obra y el hombre obra. La resistencia a la tentación debe venir del hombre [entrega del 100%], quien debe obtener su poder de Dios [fe en la obediencia de Cristo]. De un lado hay sabiduría, compasión y poder infinitos; del otro, debilidad, pecaminosidad, impotencia absoluta» (*Los Hechos de los Apóstoles*, p. 384).

También es importante pedirle a Jesús que nos dé Su deseo con respecto a cualquier pecado y tentación que enfrentemos. Jesús lo hará si pedimos con fe. Recuerda, Jesús le da al cristiano tanto el perdón como el deseo de no cometer un pecado particular.

¿Cómo Puede Ocurrir en Tu Vida?

Entonces, ¿cuál es la respuesta a cómo podemos vivir una vida cristiana consistentemente victoriosa? La respuesta es *dejar que Jesús viva Su vida en nosotros*. Pablo enseñó: «...*nosotros tenemos la mente de Cristo*» (1 Corintios 2:16).

La mente de Cristo estaba llena de pensamientos puros, santos y virtuosos. Si le hemos pedido a Cristo que viva en nosotros a través del bautismo del Espíritu Santo, si creemos que Él lo hace y si creemos que manifestará Su amor, Sus pensamientos puros, santos y virtuosos en nuestra mente, Él hará precisamente eso. Es cuestión de fe; creer que Él realmente se manifestará en nuestra vida.

Por eso también Elena G. de White escribió: “*Viene el principio de este mundo—dice Jesús;—mas no tiene nada en mí.*”¹⁴*Juan 14:30. No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fué hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección*» (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 98).

El Cristo vivo dentro del creyente debe ser su propia vida. Todo creyente debe poder decir: «*Cristo vive en mí*». La necesidad del cristiano es aprender a dejar que Jesús viva Su vida en y a través de él/ella. Por eso las siguientes escrituras enfatizan la realidad de Cristo viviendo en el creyente. «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» (Romanos 5:10, RVR1960). «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.» (Colosenses 3:4, RVR1960).

Hay una ciencia o metodología para la salvación y la victoria sobre el pecado. Estos son los principios bíblicos para la victoria. Elena G. de White escribió:

«La Biblia contiene la ciencia de la salvación para todos los que quieran oír y hacer las palabras de Cristo. El apóstol dice: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16, 17)» (*Christian Education*, p. 84).

¿Cómo sucede esto? En pocas palabras, los pasos son los siguientes:

- *Cuando te des cuenta de una tentación a pecar, elige apartar tu mente inmediatamente de ella (Filipenses 4:8).*
- *Cree que la atracción de tu naturaleza pecaminosa hacia la tentación está rota.*
- *Cree que Jesús está en ti.*
- *Pídele que manifieste Su virtud en ti en relación con la tentación. Sé específico.*
- *Cree que Él se manifestará de esa manera.*
- *Descansa en esa creencia y no luches contra la tentación. Cuando luchamos contra la tentación, en realidad nos estamos enfocando en ella y tratando de resistirla con nuestras propias fuerzas. En cambio, mira a Jesús para Su victoria en ti (Hebreos 12:1-2).*
- *Agradécele por la liberación que te acaba de dar.*

Tomemos el ejemplo de la ira y el no perdonar. Por ejemplo, alguien te hace algo que te hiere profundamente, lo que te ha enojado y no quieres perdonarlo. La aplicación de estos pasos sería la siguiente:

- *Tan pronto como te des cuenta de la tentación de enojarte y no perdonar, entrega ese deseo pecaminoso y elige apartar tu mente de lo que te hace sentir ira.*
- *Cree que el «tú enojado» y el «tú que no perdona» fueron crucificados en la cruz y que el poder del deseo de tu naturaleza pecaminosa de enojarse y no perdonar está roto.*
- *Cree que Jesús está en ti.*

- *Pídele a Jesús que manifieste Su «paz» y «perdón» en y a través de ti hacia esa persona.*
- *Cree que Él está haciendo eso en ese momento.*
- *Descansa en esa creencia y no luches contra la tentación de enojarte.*
- *Agradécele por la liberación de la ira que te acaba de dar.*

Otro ejemplo es cuando eres tentado a tener pensamientos impuros. Haz lo mismo con esa tentación.

- *Tan pronto como te des cuenta de la tentación de tener pensamientos impuros, entrega ese deseo pecaminoso y elige apartar tu mente de lo que te hace tener esos pensamientos impuros.*
- *Cree que el «tú que piensa impuramente» fue crucificado en la cruz y que el poder del deseo de tu naturaleza pecaminosa de tener pensamientos impuros está roto.*
- *Cree que Jesús está en ti.*
- *Pídele a Jesús que manifieste Sus «pensamientos puros» en y a través de ti.*
- *Cree que Él está haciendo eso en ese momento.*
- *Descansa en esa creencia y no luches contra la tentación de tener pensamientos impuros.*
- *Agradécele por la liberación de los pensamientos impuros que te acaba de dar.*

Elena G. de White entendió que la única manera de ser victorioso sobre la tentación es por la fe en la justicia de Cristo.

«La única defensa contra el mal consiste en que Cristo more en el corazón por la fe en su justicia. A menos que estemos vitalmente relacionados con Dios, no podremos resistir los efectos profanos del amor propio, de la complacencia propia y de la tentación a pecar. Podemos dejar muchas malas costumbres y momentáneamente separarnos de Satanás; pero sin una relación vital con Dios por nuestra entrega a él momento tras momento, seremos vencidos. Sin un conocimiento personal de Cristo y una

continua comunión, estamos a la merced del enemigo, y al fin haremos lo que nos ordene.» (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 291).

Un Proceso

Pablo hizo una declaración muy importante cuando escribió: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros,» (Gálatas 4:19, RVR1960). Que Cristo sea formado o manifestado en la vida del cristiano es un *proceso*. La declaración de Pablo de que «*moría diariamente*» también describe este proceso. Día tras día, el cristiano bajo la convicción del Espíritu y la iluminación de la Palabra de Dios elige entregar sus deseos pecaminosos a Cristo y deja que Cristo manifieste Sus deseos puros en su vida. Elena G. de White explicó este asombroso milagro de transformación.

«Cuando sus palabras de instrucción son recibidas, y se han posesionado de nosotros, Jesús es para nosotros una presencia permanente, controlando nuestros pensamientos, ideas y acciones... Ya no somos nosotros los que vivimos, sino Cristo el que vive en nosotros, y Él es la esperanza de gloria. El yo ha muerto, pero Cristo es un Salvador vivo» (*Testimonios para los Ministros*, p. 389).

Elena G. de White fue muy clara al respecto. Aquí afirma claramente que es la presencia permanente de Jesús la que controla nuestros pensamientos, ideas y acciones. Si elegimos creer que Él hará esto y creemos que el poder de nuestra naturaleza pecaminosa sobre nosotros está muerto, entonces Cristo definitivamente vivirá Su vida en nosotros. ¡Es así de simple!

A medida que este proceso continúa en la vida del creyente, aquel que, por ejemplo, en situaciones donde la ira habría surgido en el pasado, ahora no hay ira. En cambio, el perdón y la paz de Cristo llenan el corazón. El poder de la naturaleza pecaminosa será totalmente subyugado, y la naturaleza sin pecado de Cristo será totalmente dominante en la vida.

Elena G. de White describió este nivel de relación con Cristo.

«Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con

nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, **que cuando le obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos.** La voluntad, refinada y santificada, hallará su más alto deleite en servirle. Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso» (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 668).

«Las inclinaciones naturales son mitigadas y sometidas. Nuevos pensamientos, nuevos sentimientos, nuevos motivos son implantados. Se traza una nueva norma del carácter: la vida de Cristo. La mente es cambiada; las facultades son despertadas para obrar en nuevas direcciones. El hombre no es dotado de nuevas facultades, sino que las facultades que tiene son santificadas. La conciencia se despierta. Somos dotados de rasgos de carácter que nos capacitan para servir a Dios» (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, p. 98).

Sin embargo, es importante recordar que este es un proceso. Cambios tan dramáticos no suelen ocurrir instantáneamente. Debemos crecer diariamente en la experiencia de dejar que Cristo viva Su vida en nosotros. Si hacemos eso, entonces Dios se asegurará de que estemos listos para recibir la lluvia tardía, para vivir sin Cristo como nuestro mediador y estar listos para Su regreso. «estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo;» (Filipenses 1:6, RVR1960). «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.» (1 Tesalonicenses 5:23-24, RVR1960).

Cristo Espera un Remanente Victorioso

Así que la verdad es que Cristo ha estado esperando un pueblo remanente que esté *100% entregado y 100% victorioso* sobre la tentación y el pecado. Como hemos visto, esto no sucederá esforzándonos más, sino entendiendo y experimentando la justicia por la fe solo en Cristo para la victoria.

Juan también describió a aquellos que estarán listos para el regreso de Cristo. «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.» (1 Juan 3:2, RVR1960).

Como hemos visto, la palabra griega traducida «*semejantes*» en este versículo significa «*exactamente como*». Aquellos listos para el regreso de Cristo serán *exactamente como Jesús* en carácter, autoridad, vida, ministerio, etc. ¿Por qué es así? Son *exactamente como Jesús* porque Jesús mismo se está manifestando en su vida al 100%.

Aquellos que cedan a la obra de purificación de Dios en su vida descrita en Malaquías capítulo tres tendrán a Cristo viviendo y reinando en su vida hasta tal punto que al obedecerle no harán sino seguir sus propios impulsos. Su vida será una vida de «*continua*» obediencia. Es en ese momento que se cumplirá la siguiente declaración de Elena G. de White.

«Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos» (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, p. 47).

Juan escribió en Apocalipsis que el último pueblo remanente de Dios será un pueblo victorioso que guarda los mandamientos; no un pueblo que se esfuerza pero falla en guardar los mandamientos de Dios.

«Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.» (Apocalipsis 12:17, RVR1960).

«Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.» (Apocalipsis 14:12, RVR1960).

«Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad.» (Apocalipsis 22:14, RVR1960).

La ropa es lo que se ve. Por lo tanto, su vida de desobediencia será lavada por la sangre de Cristo y Su obediencia es lo que se ve en su vida. Este es el

«*manto blanco*» de Apocalipsis 3:18, que es la obediencia justa de Cristo en la vida.

Muchos otros versículos en Apocalipsis describen al último pueblo de Dios como aquellos que «*vencen*» (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21; 21:7). ¿Qué vencen? Han vencido victoriamente todas las tentaciones y el pecado que Satanás les presenta. Esta victoria debe ser la experiencia de aquellos que salen de su condición laodicense, reciben la lluvia tardía y están listos para el regreso de Cristo.

El Engaño de Satanás

Como se discutió anteriormente, Satanás sabe estas cosas y hará todo lo posible para confundir el asunto y extraviarnos a través de su apostasía «*omega*». Él sabe que la victoria solo puede venir si nos enfocamos en Jesús y le permitimos vivir Su vida en y a través de nosotros. Así que el plan de Satanás es que quitemos los ojos de Jesús. En cambio, quiere que nos enfoquemos en las tentaciones con las que luchamos. Quiere que pensemos que podemos volvemos justos e incluso desarrollar perfectamente el carácter de Cristo enfocándonos en lo que se debe y no se debe hacer, en la ley; en cualquier cosa menos en Jesús. Quiere que pensemos que podemos ser victoriosos sobre la tentación si simplemente «*nos esforzamos*» lo suficiente, con la ayuda de Dios, por supuesto. Lleva a muchos a creer que enfocarse en los «*debes y no debes*» de nuestra religión traerá avivamiento. Tal religión es una carga desprovista de gozo. Todo esfuerzo de este tipo fracasará. Los «*debes y no debes*» son importantes, pero no deben ser nuestro enfoque.

O Satanás llevará a muchos a rechazar la posibilidad de reflejar perfectamente el carácter de Cristo mediante la obediencia a la ley de Dios. La mayoría de los que llegan a esta conclusión han intentado obedecer con sus propias fuerzas y han descubierto la imposibilidad de alcanzar una victoria completa. Así que retroceden y descansan *solo en un Cristo justificador*, creyendo que la santificación plena y completa es imposible. Concluyen que la victoria completa sobre la tentación y el pecado no es alcanzable en esta vida. Esta también es una posición muy peligrosa. Tanto el legalismo como el

rechazo de la obediencia completa conducirán a que uno no esté listo para recibir la lluvia tardía del Espíritu.

Algunos temen que tal visión de obediencia completa y victoria sobre la tentación conduzca a la jactancia y a sentimientos de haber logrado la perfección. Las actitudes de jactancia o los sentimientos de haber logrado la perfección son imposibles de experimentar para el cristiano lleno del Espíritu. Cuanto más se acercan a Cristo, más pecadores se saben. Se dan cuenta de que no hay justicia en ellos. Saben que podrían ceder a una tentación en cualquier momento si quitan los ojos de Jesús. Saben que su única esperanza de victoria es seguir confiando en que Jesús viva Su victoria en y a través de ellos. Y cuando Jesús regrese, se sentirán indignos de ser salvos. Saben que su única esperanza de salvación y victoria ha sido su fe en Jesús. Lanzarán sus coronas a los pies de Jesús porque saben que no merecen las coronas porque Jesús hizo todo por ellos. Todo lo que hicieron fue tener fe en Él para que los salvara del pecado y la muerte. Sabrán lo que Pablo quiso decir cuando escribió:

« **29** a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. **30** Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención— **31** para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor.» (1 Corintios 1:29-31) (NIV).

Su jactancia por toda la eternidad será jactarse en Jesús; alabar a Jesucristo por la salvación que les proveyó.

Debemos ser llenados diariamente con la presencia de Jesús a través del bautismo del Espíritu (*colirio*), y dejar que Él viva Su vida victoriosa en nosotros (*manto blanco*). Cristo debe vivir la obediencia a la ley de Dios en nosotros. Entonces y solo entonces comenzaremos el proceso de la victoria completa (*oro*). Entonces y solo entonces saldremos de Laodicea. Entonces Dios derramará la lluvia tardía del Espíritu sobre Su pueblo porque entonces estarán listos para recibirla. Entonces y solo entonces cumplirán el propósito para el cual Dios llamó a Su iglesia a la existencia, y Cristo regresará.

Hoy no es demasiado tarde. ¿Dirás sí al llamado de Dios para salir de Laodicea y ser parte de la última generación victoriosa de creyentes que

permiten que Cristo se manifieste en sus vidas y reproduzca perfectamente Su carácter de obediencia a la ley de Dios en ellos, y permitan que la multiforme sabiduría de Dios sea dada a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales? Oro para que así sea.

El Oro

El mensaje de Dios a Laodicea es que le compre oro, vestiduras blancas y colirio. Como hemos visto, estos se enumeran en realidad en orden inverso a la experiencia. Primero, uno debe experimentar diariamente el colirio del bautismo del Espíritu Santo, que hace dos cosas. Primero, otorga el discernimiento espiritual para ver la verdadera condición espiritual de uno: ser miserable, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo. En segundo lugar, Jesús vive en el creyente de la manera más plena a través del bautismo del Espíritu Santo, lo cual es absolutamente necesario para que él/ella experimente las vestiduras blancas de la justicia de Cristo.

Hemos aprendido que estas vestiduras blancas representan tanto la justicia justificadora como la santificadora de Cristo; su justicia imputada e impartida. Experimentar la plenitud de la justicia de Cristo (vestiduras blancas) conducirá a continuación a que el creyente crezca hasta alcanzar el pleno carácter de Cristo, que es el oro de la fe y el amor.

Primero, la «*fe*» se refiere a la obediencia 100% fiel a Dios y a su ley. Este tipo de fe solo puede darse cuando uno permite que Cristo viva su obediencia fiel a Dios en y a través de ellos. Pablo describió esto cuando escribió: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960)

Pablo nos dice en este versículo que él vive la vida cristiana permitiendo que Cristo, quien vive en él, manifieste su obediencia fiel a Dios en él.

En segundo lugar, el oro del «*amor*» es el amor perfecto de Dios que solo puede manifestarse en la vida de uno a medida que experimenta diariamente la llenura del Espíritu y permite que Jesús viva el amor de Dios en ellos. Sobre esto, Pablo escribió: «y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.» (Romanos 5:5, RVR1960). Además, solo cuando uno está lleno del Espíritu se desarrolla el fruto del Espíritu en la vida; siendo el primer fruto el amor (Gálatas 5:22-23). Este fruto es en realidad el carácter de Cristo (vestiduras blancas) y crecerá hasta la madurez, manifestando finalmente el

oro puro de su carácter al 100%. Cuando este oro se manifieste plenamente en el pueblo de Dios, Cristo regresará para llevarlos a casa.

«Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos». *Palabras de vida del Gran Maestro*, p. 47

Dios permitirá que las pruebas lleguen a sus hijos para desarrollar en ellos el oro del carácter. «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.» (Santiago 1:2-4, RVR1960)

En el mundo físico, se requiere calor intenso para eliminar la escoria de la roca extraída a fin de obtener el oro puro. Así también en el mundo espiritual; el calor de las pruebas y dificultades es necesario para eliminar la escoria de nuestra vida, de modo que el oro puro del carácter de Cristo sea revelado. «En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo,» (1 Pedro 1:6-7, RVR1960)

Elena White comprendió esto cuando escribió:

«Sin embargo, el tiempo y las circunstancias, con toda seguridad, sacarán a la luz el oro o descubrirán el vil metal de nuestro carácter. Los hombres no nos conocen hasta que el crisol de Dios nos pone a prueba. Cada pensamiento bajo, cada mala acción, revela algún defecto del carácter. Los rasgos ásperos deben ser desbastados por el bisel y el martillo del gran taller de Dios, y la gracia de Dios debe pulirnos antes de que podamos ocupar un lugar en el glorioso templo.» *Testimonios para la Iglesia*, Tomo 4, p. 532

El pueblo de Dios saldrá de su condición laodicense a medida que compre el colirio del Espíritu, las vestiduras blancas de la justicia de Cristo, y se someta a Dios permitiéndole producir el oro puro del carácter de Cristo al

100% en sus vidas. Cuando esto suceda, estarán «*aptos para un lugar en el glorioso templo*».

Algunos aprenden esta verdad más fácilmente que otros. Sin embargo, si se rinden al 100% (compran) de Dios como Él les instruye, serán purificados del pecado. Dios es fiel y buscará obrar en la vida de todos sus hijos. Recordemos que Él nos dice: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete.» (Apocalipsis 3:19, RVR1960). Solo Dios sabe cuánto fuego de tribulación se requiere para producir el oro puro.

«Si el alma ha de ser purificada y ennoblecida, y hecha apta para los atrios celestiales, hay dos lecciones que aprender: el sacrificio propio y el autodomínio. Algunos aprenden estas importantes lecciones más fácilmente que otros, pues son ejercitados por la simple disciplina que el Señor les da con mansedumbre y amor. Otros requieren la lenta disciplina del sufrimiento, para que el fuego purificador limpie sus corazones de orgullo y autosuficiencia, de pasión terrenal y amor propio, para que el verdadero oro del carácter pueda aparecer y para que lleguen a ser vencedores por la gracia de Cristo.» *Fe y Obras*, p. 86

Sin embargo, podemos estar seguros de que nuestro Padre amoroso solo permite en nuestra vida aquello que obrará para nuestro bien y para su gloria (Romanos 8:28).

«Hay elocuencia en la vida sosegada y consistente de un cristiano puro, verdadero, auténtico. Tendremos tentaciones todo el tiempo que estemos en este mundo, pero en vez de perjudicarnos, se convertirán en ventajas si las resistimos. Se han establecido límites que Satanás no puede trasponer. El prepara la hornalla que consume la escoria pero, en vez de perjudicar, sólo puede lograr que el oro del carácter brille más puro, y en una posición más ventajosa que antes de la prueba.» *TCS 93*

Malaquías describe el proceso con las siguientes palabras: «¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. Y

será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos.» (Malaquías 3:2-4, RVR1960)

Aquellos que soporten este proceso purificador, que resulta en el oro puro del carácter de Cristo, podrán «mantenerse en pie cuando él aparezca». Sin embargo, aquellos que son engañados por el engaño “omega” de Satanás y se nieguen a escuchar el llamado de Dios a salir de Laodicea hacia una vida de perfecta obediencia a sus mandamientos no podrán permanecer en pie ni sobrevivir a la segunda venida de Cristo. Esto se debe a que el pecado aún reside en sus vidas. No han entrado en la experiencia purificadora que permitiría a Cristo presentarlos «sin mancha delante de su gloria» (Judas 24). La gloria de Cristo, cuando regrese, será como fuego consumidor para el pecado y los pecadores (2 Tesalonicenses 2:8).

Laodicea y las vírgenes prudentes e insensatas

El libro de Apocalipsis describe a la iglesia en una condición laodicense (Apocalipsis 3:14-16). Aquellos que permanecen en esta condición habrán aceptado la apostasía «omega». La triste verdad es que aquellos en Laodicea no son conscientes de su condición (Apocalipsis 3:17). Sin embargo, cualquiera que se encuentre en Laodicea debe salir de esa terrible condición espiritual si desea recibir la lluvia tardía y estar listo para el regreso de Jesús. Si no lo hacen, se perderán.

Las vírgenes insensatas

Jesús dio una parábola que describe a los cristianos laodicenses en Su parábola de las diez vírgenes (Mateo 25:1-12). Las vírgenes insensatas de la parábola no están listas cuando llega el novio y él les dice: «Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco.» (Mateo 25:12, RVR1960). Estas vírgenes insensatas no tienen el aceite adicional que tienen las vírgenes prudentes. Este aceite es representativo del bautismo del Espíritu Santo. Elena G. de White describió a las vírgenes insensatas de la siguiente manera:

«El nombre de 'vírgenes insensatas' representa el carácter de aquellos que no tienen la genuina obra del corazón obrada por el Espíritu de Dios. La venida de Cristo no convierte a las vírgenes insensatas en prudentes... El estado de la iglesia representado por las vírgenes insensatas, también se conoce como el estado laodicense». *Review and Herald*, 19 de agosto de 1890

Nótese que las vírgenes insensatas y los cristianos laodicenses son una y la misma cosa. Elena G. de White continuó escribiendo:

«La clase representada por las vírgenes fatuas no está formada de hipócritas. Sus componentes manifiestan respeto por la verdad, la han defendido, y son atraídos hacia aquellos que la creen; pero no se han rendido a sí mismos a la obra del Espíritu Santo... las personas representadas por las vírgenes fatuas se han contentado con una obra superficial. No conocen a

Dios... Su servicio a Dios degenera en formalismo». *Palabras de vida del Gran Maestro*, p. 411

Las vírgenes insensatas «tienen un aprecio por la verdad». Creen en los Diez Mandamientos y el sábado. Creen en la enseñanza de la iglesia sobre la marca de la bestia. Sin embargo, las vírgenes insensatas no se entregaron a la obra del Espíritu Santo. Se negaron a recibir el bautismo del Espíritu Santo y a ceder a Su dirección; no tenían el aceite adicional. Aceptaron la apostasía «omega», rechazaron la advertencia a Laodicea y no permitieron que Cristo reflejara perfectamente Su carácter en ellas.

Las vírgenes prudentes

Las vírgenes prudentes, por otro lado, tienen el aceite adicional, que es el bautismo del Espíritu Santo. Debido a esto, rechazan la apostasía «omega», salen de su condición laodicense y experimentan el reavivamiento y la reforma en preparación para la lluvia tardía y los eventos finales de la tierra. El bautismo del Espíritu Santo permite que la ley de Dios sea escrita en su corazón por el Espíritu (2 Corintios 3:3, 18). Obedecen a Dios de corazón, lo que significa que Dios ha puesto en ellos el deseo de obedecer; es sincero. Están reflejando plenamente el carácter (justicia) de Cristo, que Elena G. de White dijo que representaba el «aceite».

«Ya es tiempo de rogar a las almas que no solamente escuchen la Palabra de Dios, sino que se apresuren en llenar de aceite las vasijas juntamente con sus lámparas. El aceite es la justicia de Cristo. Representa el carácter, y el carácter no es transferible. Nadie puede obtenerlo para darlo a otro. Cada uno debe lograr para sí un carácter purificado de toda mancha de pecado». *Testimonios para los ministros*, p. 233

Las vírgenes prudentes no obedecen la ley de Dios simplemente porque dice que hay que obedecer; hacer esto o no hacer aquello. Esa es una obediencia legalista. No, ellas realmente tienen el deseo en su corazón de obedecer a Dios. Elena G. de White describió la obediencia de corazón de la siguiente manera:

«Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, que cuando le obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos. La voluntad, refinada y santificada, hallará su más alto deleite en servirle. Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso». *El Deseado de todas las gentes*, p. 621

Nótese que la obediencia de corazón conduce a una obediencia consistente. De hecho, ella dijo que «al obedecerle no estaremos sino llevando a cabo nuestros propios impulsos», y que «nuestra vida será una vida de obediencia continua» cuando procede del corazón. Este es el nivel de obediencia que el Espíritu Santo guiará a las vírgenes prudentes a experimentar. Jesús vivirá constantemente Su vida de obediencia en ellas y no cederán a la tentación. Esta es la experiencia que Satanás está tratando de que el pueblo de Dios rechace cuando aceptan su enseñanza apóstata «omega» sobre la imposibilidad de guardar los Diez Mandamientos de Dios.

Para que los cristianos laodiceses salgan de su condición y se conviertan en cristianos vírgenes prudentes, deben dejar que Jesús entre en sus vidas (Apocalipsis 3:20). Esto sucede solo a través de la recepción diaria del bautismo del Espíritu Santo (Juan 14:16-18, 1 Juan 3:24). Elena G. de White entendió claramente que el Espíritu Santo trae la presencia de Jesús a nuestras vidas.

«La obra del Espíritu Santo es inmensamente grande. Es de esta fuente de donde provienen el poder y la eficiencia para el obrero de Dios; y el Espíritu Santo es el Consolador, como la presencia personal de Cristo para el alma». *Review and Herald*, 29 de noviembre de 1892

Por eso ella escribió:

«Nada más que el bautismo del Espíritu Santo puede llevar a la iglesia a su debida posición y preparar al pueblo de Dios para el conflicto que se aproxima rápidamente». *2 Manuscript Release 30*, Carta 15, 1889

Dios dice a los de Laodicea que compren de Él oro, vestiduras blancas y colirio. El oro representa el carácter de fe y amor, que solo podemos recibir del Espíritu Santo morando plenamente en nosotros. Son el fruto del Espíritu (Romanos 5:5, Gálatas 5:22-23). Las vestiduras blancas son la justicia justificadora y santificadora de Cristo. Solo al aprender a dejar que Jesús viva Su obediencia justa en y a través de nosotros seremos revestidos con Sus vestiduras blancas de justicia y manifestaremos plenamente el «oro» del carácter de Cristo. El colirio se recibe solo por la llenura del Espíritu. Es el Espíritu el que sana nuestros ojos de su ceguera espiritual de nuestra condición laodicense. Si nos negamos a recibir el bautismo del Espíritu Santo, continuaremos en nuestra condición espiritualmente ciega, aceptaremos la apostasía «omega» y no creceremos a la plenitud de Cristo.

Cuando recibimos el bautismo diario del Espíritu Santo, la presencia de Cristo comenzará a permear todo nuestro ser.

«La santificación del ser, por obra del Espíritu Santo, es la implantación de la naturaleza de Cristo en la humanidad. La gracia del Señor Jesucristo, revelada en el carácter, se manifestará en forma activa por intermedio de las buenas obras. De este modo, el carácter se transforma más y más perfectamente a la imagen de Cristo, en justicia y verdadera santidad». *Recibireís poder*, p. 84

Por lo tanto, experimentar diariamente el bautismo del Espíritu Santo y entrar en la experiencia de la justicia por la fe solo en Cristo, aprendiendo a dejar que Jesús viva Su vida de obediencia en nuestra vida, son los únicos medios para salir de nuestra condición laodicense natural. Además, esta es la única manera en que la iglesia cumplirá su propósito dado por Dios de manifestar la sabiduría de Dios bajo el poder de la lluvia tardía.

Es urgente que entendamos y experimentemos esto si queremos salir de Laodicea, recibir la lluvia tardía, superar victoriamente los eventos finales de la tierra y estar listos para el regreso de Cristo. Es debido a este fracaso por

parte de la iglesia en reflejar perfectamente el carácter de Cristo que la lluvia tardía no ha caído y Jesús no ha regresado.

«Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos». *Palabras de vida del Gran Maestro*, p. 47

¿Quién recibe la lluvia tardía del Espíritu?

El propósito al escribir este libro es aclarar cuál es el mensaje de Dios a la iglesia laodicense y cómo Su pueblo puede salir de su condición laodicense. Desde que me hice adventista del séptimo día, he escuchado que la iglesia necesita salir de Laodicea. También he escuchado muchas veces expresiones sobre cuánto necesitamos la lluvia tardía del Espíritu. Por supuesto, la iglesia necesita salir de Laodicea y necesita la lluvia tardía del Espíritu. De hecho, recibir la lluvia tardía desempeñará un papel importante en el cumplimiento final del propósito de Dios para la iglesia. Sin embargo, yo personalmente creo que se está pasando por alto una verdad muy importante con respecto a la recepción de la lluvia tardía.

Creo que es importante orar por la lluvia tardía del Espíritu. Sin embargo, advierto a cada cristiano que tenga cuidado de no enfocarse solo en la lluvia tardía e ignorar la preparación necesaria para recibirla cuando caiga. Mi gran preocupación es que muchos adventistas están esperando la lluvia tardía pensando que esta provocará los cambios importantes en su vida necesarios para estar listos para la segunda venida de Cristo. Muchos creen que la lluvia tardía es lo que finalmente sacará a la iglesia de Laodicea. Esta puede ser una actitud peligrosa. Es la actitud que propaga el engaño «omega» de Satanás.

En este capítulo presentaré lo que la Biblia y Elena G. de White declaran sobre quiénes recibirán la lluvia tardía del Espíritu. Yo personalmente creo que este tema es absolutamente esencial de entender, ya que parece que tantos adventistas y otros cristianos están confundidos acerca de la lluvia tardía del Espíritu. Nadie recibirá la lluvia tardía si permanece en la condición espiritual laodicense.

La profecía de Joel sobre la lluvia

Joel profetizó que vendría al pueblo de Dios una lluvia «temprana o primera» del Espíritu y una lluvia «tardía» del Espíritu (Joel 2:23). Afirmó que esto ocurriría después de la aparición del «YO SOY» (Jesucristo) en Israel (Joel 2:27), y que Dios derramaría Su Espíritu sobre «Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y

vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.» (Joel 2:28, RVR1960), lo que significa que todos los creyentes podrían experimentar el Espíritu de esta manera.

Pedro entendió la profecía de Joel y la aplicó al derramamiento del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés.

«**6**Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: **17***Y en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, Y vuestras hijos y vuestras hijas profetizarán; Vuestros jóvenes verán visiones, Y vuestros ancianos soñarán sueños; 18Y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días Derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.*» (Hechos 2:16-18).

Por lo tanto, el primer cumplimiento de la profecía de Joel sobre el Espíritu Santo tuvo lugar en el Día de Pentecostés cuando los que estaban en el aposento alto experimentaron el bautismo de la lluvia temprana del Espíritu Santo. Como resultado, el evangelio se extendió al mundo conocido entonces, los demonios fueron expulsados, los enfermos fueron sanados e incluso los muertos fueron resucitados. Esa iglesia primitiva hizo las «obras» que Jesús hizo porque Jesús vivía y ministraba a través de ellos por medio del bautismo del Espíritu Santo.

La profecía de Joel predijo dos derramamientos del Espíritu Santo: la lluvia temprana y la lluvia tardía del Espíritu. La lluvia tardía del Espíritu tendrá lugar cuando la obra de Dios llegue a un glorioso clímax en esta tierra. Será necesario que el pueblo de Dios la reciba en plenitud si quiere ser fiel a Dios durante el tiempo de angustia y estar listo para la segunda venida de Cristo. Sin embargo, deben estar creciendo espiritualmente en el «colirio», las «vestiduras blancas» y el oro que Dios ofrece con gracia a Su pueblo.

La experiencia necesaria para beneficiarse de la lluvia tardía

Debido a la necesidad absoluta de que el pueblo remanente final de Dios experimente la lluvia tardía del Espíritu, Satanás se ha esforzado mucho en confundir el asunto. Él sabe que el pueblo de Dios debe salir de Laodicea y

crecer en la plenitud de Cristo bajo el bautismo de la lluvia temprana del Espíritu Santo para poder beneficiarse de la lluvia tardía del Espíritu.

Debido al éxito de Satanás en causar confusión con respecto a quién recibe la lluvia tardía, es importante que examinemos más de cerca lo que la Biblia y Elena G. de White dicen sobre estar preparados para recibir la lluvia tardía del Espíritu. Pedro entendió la experiencia en Cristo que era necesaria para que los cristianos se beneficiaran de la lluvia tardía del Espíritu. «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado;» (Hechos 3:19-20, RVR1960).

Los *tiempos de refrigerio* a los que Pedro se refirió son la lluvia tardía del Espíritu. Aquellos que han entregado su vida al 100% a Cristo (Apocalipsis 3:18) y han experimentado a Cristo como su libertador del pecado («vestiduras blancas» y «oro» [Apocalipsis 3:18]) son los que se beneficiarán de la lluvia tardía. Elena G. de White clarificó lo que es la verdadera conversión al contrastarla con las características del cristiano inconverso.

«A menudo se levanta la pregunta: ¿Por qué, entonces, hay tantos que pretenden creer en la Palabra de Dios, en los cuales no se ve una reforma en las palabras, en el espíritu y en el carácter? ¿Por qué hay tantos que no pueden soportar la oposición a sus propósitos y planes, que manifiestan un temperamento no santificado, y cuyas palabras son ásperas, despóticas y apasionadas? Se ve en ellos el mismo amor al yo, la misma indulgencia egoísta, el mismo mal genio y lenguaje precipitado que se notan en la vida de los mundanos. Existe el mismo orgullo sensible, la misma concesión a la inclinación natural, la misma perversidad de carácter que si la verdad fuera completamente desconocida para ellos. La razón es que no están convertidos..» *Palabras de Vida del Gran Maestro*, p. 71.

Por lo tanto, Elena G. de White clarificó lo que significa ser el cristiano «convertido» al que Pedro se refirió en su sermón. Los únicos cristianos verdaderamente convertidos son aquellos que son victoriosos sobre la ira si sus planes son opuestos, sobre un temperamento impío, sobre palabras ásperas y autoritarias, el amor propio, la indulgencia egoísta, el orgullo sensible que se hiere fácilmente y la entrega a las inclinaciones naturales al

pecado. En resumen, serán victoriosos sobre los pecados en su vida. Estos son los cristianos verdaderamente convertidos que recibirán la lluvia tardía del Espíritu. Por eso la apostasía «omega» de Satanás enseña que la victoria completa sobre el pecado es imposible.

Pedro también señaló que la lluvia tardía del Espíritu tendrá lugar justo antes del fin del juicio, cuando nuestros pecados sean borrados, cuando Cristo complete Su obra mediadora como Sumo Sacerdote en el Lugar Santísimo del santuario celestial.

La NVI traduce la declaración de Pedro de la siguiente manera:

«**19** Por tanto, para que sean borrados sus pecados, arrepíéntanse y vuélvanse a Dios, a fin de que vengan tiempos de descanso de parte del Señor, **20** enviándoles el Mesías que ya había sido preparado para ustedes, el cual es Jesús.» (Hechos 3:19-20 NVI).

Ambas traducciones de las palabras de Pedro indican una secuencia de eventos muy importante. Primero, para que los pecados sean borrados, uno debe arrepentirse de sus pecados, convertirse o volverse a Dios al 100%. Pedro señala que esta conversión/compromiso pleno y completo con Jesús y la victoria a través de Jesús son necesarios para que los tiempos de refrigerio (lluvia tardía) vengan del Señor. Además, la conversión/compromiso pleno y completo (victoria) y la experiencia de la lluvia tardía del Espíritu son necesarios para que Dios envíe a Jesús (la segunda venida de Cristo).

Elena G. de White, en numerosas ocasiones, expresó su preocupación de que el pueblo de Dios entienda la experiencia que debe tener para recibir y beneficiarse de la lluvia tardía.

«Ví que muchos descuidaban la preparación necesaria, esperando que el tiempo del “refrigerio” y la “lluvia tardía” los preparase para sostenerse en el día del Señor y vivir en su presencia. ¡Oh! ¡y a cuántos vi sin amparo en el tiempo de angustia! Habían descuidado la preparación necesaria, y por lo tanto no podían recibir el refrigerio indispensable para sobrevivir a la vista de un Dios santo.» *Primeros Escritos*, p. 71.

«Vi que nadie podrá participar del “refrigerio” a menos que haya vencido todas las tentaciones y triunfado del orgullo, el egoísmo, el amor al mundo y toda palabra y obra malas..» *Ibid.*, p. 71.

Comprender y experimentar el bautismo del Espíritu Santo y la justicia por la fe son esenciales para que el cristiano entre en el misterio de la unión con Cristo, salga de su condición laodicense y esté preparado para recibir la lluvia tardía del Espíritu. La victoria sobre toda tentación y pecado debe tener lugar bajo el bautismo de la lluvia temprana del Espíritu Santo, mientras el cristiano permite que Cristo viva Su obediencia justa en su vida («vestiduras blancas» [Apocalipsis 3:18]). Esperar que la lluvia tardía nos libre de nuestra condición laodicense y provoque este cambio en la vida resultará trágico para todos los que caigan en ese engaño.

«La lluvia tardía que madura la cosecha de la tierra representa la gracia espiritual que prepara a la iglesia para la venida del Hijo del hombre. Pero a menos que haya caído la lluvia temprana, no habrá vida; la hoja verde no aparecerá. A menos que los primeros aguaceros hayan hecho su obra, la lluvia tardía no podrá perfeccionar ninguna semilla.»—*Testimonios para los Ministros*, 506 (1897)

Elena G. de White asoció claramente la primera lluvia en la cita anterior con la «santificación» de la iglesia, afirmando que sin ella «ninguna semilla» llegará a la «perfección». En la siguiente cita, ella asocia el bautismo del Espíritu con la «santificación» de la iglesia cuando escribió:

«Fijad en el ánimo de todos la necesidad del bautismo del Espíritu Santo, la santificación de los miembros de la iglesia para que sean árboles vivos del plantío del Señor, en crecimiento y con frutos.» *Testimonios para la iglesia*, tomo 6, p. 92.

Elena G. de White entendió que la lluvia temprana o primera del Espíritu y el bautismo del Espíritu Santo son lo mismo, y que el bautismo del Espíritu no es la lluvia tardía del Espíritu. Es esta obra del bautismo del Espíritu la que lleva a la iglesia a la santificación y la perfección. La razón por la que la lluvia temprana, el bautismo del Espíritu, es necesaria es que es a través del bautismo del Espíritu que Cristo vive en el creyente.

Cuando uno lee las declaraciones de Elena G. de White sobre el bautismo del Espíritu Santo, queda claro que ella veía su importancia e instaba a cada creyente a buscarlo. Para ella, era claro que el bautismo del Espíritu era esencial para que el pueblo de Dios recibiera la lluvia tardía y para que la obra de Dios se terminara en la vida de Su pueblo y en esta tierra. Este «Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto:» (Apocalipsis 2:18, RVR1960) es nuestra única esperanza de salir de Laodicea y proclamar el mensaje de los tres ángeles con poder.

«Lo que necesitamos es el bautismo del Espíritu Santo. Sin él, no estamos más preparados para ir al mundo que los discípulos después de la crucifixión de su Señor.» *Review and Herald*, 18 de febrero de 1890.

Estas declaraciones también indican que el cristiano no necesariamente recibe automáticamente el bautismo del Espíritu Santo al convertirse o al bautizarse en agua. Si ese fuera el caso, Elena G. de White no diría a los cristianos que esta es una experiencia que necesitan.

Todo el pueblo de Dios debe tomar en serio el llamado de Dios hoy para recibir el bautismo de la lluvia temprana del Espíritu («colirio») y obtener la victoria completa sobre el pecado a través de Cristo («vestiduras blancas»). Es nuestra única esperanza de salir de Laodicea y estar preparados para recibir y beneficiarnos del derramamiento de la lluvia tardía del Espíritu.

«A menos que estemos avanzando diariamente en la exemplificación de las virtudes cristianas activas, no reconoceremos las manifestaciones del Espíritu Santo en la lluvia tardía. Podrá estar derramándose en los corazones en torno de nosotros, pero no la discerniremos ni la recibiremos...» *La Oración*, p. 146.

«**Nada más que el bautismo del Espíritu Santo** puede elevar a la iglesia a su posición correcta y preparar al pueblo de Dios para el conflicto que se aproxima rápidamente.» *Manuscript Release*, vol. 2, p. 30.

La victoria sobre el pecado es necesaria

Las Escrituras anteriores y las declaraciones de Elena G. de White dejan una cosa muy clara: solo un pueblo que obtenga la victoria sobre sus pecados y

tentaciones a través de Cristo saldrá de Laodicea y recibirá la lluvia tardía. A lo largo de sus escritos, Elena G. de White llama constantemente al pueblo de Dios a la obediencia. Ni Elena G. de White ni la Biblia dan una excusa para que el pueblo de Dios viva una vida de desobediencia voluntaria a Dios.

Pablo es muy claro al respecto:

« **1**¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? **2**En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? **6**sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. **7**Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. **11**Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. **12**No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; **13**ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. **14**Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.» (Romanos 6:1-2, 6-7, 11-14).

En el libro de Hebreos, Pablo instruye al cristiano a «despojarse de todo peso» (de todo pecado) e incluso de sus pecados «que nos asedian»; aquellos pecados sobre los que tienen el mayor desafío para obtener la victoria. Deben hacer esto «puestos los ojos en Jesús», Quien les dará Su victoria. «Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el opprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.» (Hebreos 12:1-2, RVR1960).

Pedro amonestó al cristiano a dejar una vida de pecado por una vida de obediencia a Dios. «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca;» (1 Pedro 2:21-22, RVR1960).

En estos versículos, Pedro llama al cristiano a seguir el ejemplo de Cristo de vivir una vida de obediencia. En su segunda carta escribió:

«**4**por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; **5**vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; **6**al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; **7**a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. **8**Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. **9**Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. **10**Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás.» (2 Pedro 1:4-10).

Pedro llama al cristiano a huir de la «corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia». El cristiano debe estar libre de las influencias pecaminosas en su vida permitiendo que Cristo viva Su obediencia en ellos.

Elena G. de White una y otra vez llamó a la victoria sobre el pecado en la vida del cristiano. A causa de la victoria de Cristo, no hay excusa para que un cristiano viva una vida de pecado.

«Se requiere obediencia exacta, y aquellos que dicen que no es posible vivir una vida perfecta, imputan a Dios injusticia y falsedad.» *Southern Review*, 5 de diciembre de 1899.

«Dios requiere en este momento exactamente lo que requirió de Adán en el paraíso antes de que cayera: obediencia perfecta a su ley. El requisito que Dios hace en gracia es el mismo requisito que hizo en el paraíso.» *Review and Herald*, 15 de julio de 1890.

«Consideremos la vida de Cristo. Como cabeza de la humanidad, sirviendo a su Padre, es un ejemplo de lo que cada hijo debe y puede ser. La obediencia que Cristo rindió es la que Dios requiere de los seres humanos hoy día.» *Lecciones prácticas de Jesús*, p. 282.

«La obediencia de Cristo a su Padre fué la misma obediencia que se requiere del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin un poder divino que pueda combinar con sus potencialidades humanas. Así sucedió con Jesucristo. El podía confiar en el poder divino. No vino a nuestro mundo a dar la obediencia de un Dios menor a un Dios mayor, sino como hombre, para obedecer la Santa Ley, y de esta manera él es nuestro ejemplo. El Señor Jesús vino a nuestro mundo, no a revelar lo que Dios podía hacer, sino lo que un hombre podía hacer, mediante la fe en el poder de Dios para ayudar en toda emergencia. El hombre, mediante la fe, ha de ser participante de la naturaleza divina, y debe vencer toda tentación con que sea tentado.» *Nuestra elevada vocación*, p. 50.

Nuestra Gran Necesidad

Robert H. Pierson, expresidente de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, hizo la siguiente declaración en 1975.

«La mayor necesidad de la Iglesia Adventista del Séptimo Día hoy no es más dinero, presupuestos más grandes, más edificios, más instituciones y facilidades. Ni siquiera son más cruzadas evangelísticas. Lo que nosotros, como miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, necesitamos es ser salvos de nuestros pecados. Dios no está esperando más tormentas, más furor político, más guerras y rumores de guerras, antes de que Jesús pueda venir. Él está esperando que Su pueblo obtenga la victoria sobre el pecado, para poder confiarles el cielo. Jesús vino ‘para salvar a su pueblo de sus pecados’; para ayudarnos a ser vencedores.»

Eso fue escrito en 1975; 40 años antes de la escritura de este libro y todavía parece que no hemos aprendido la lección. Seguimos confundidos sobre si Dios nos exige tener una victoria completa sobre el pecado en nuestra vida. Seguimos confundidos sobre por qué no ha caído la lluvia tardía y Jesús no ha regresado. Parece que pensamos, como lo hemos hecho durante décadas, que necesitamos más dinero, presupuestos más grandes, más edificios, más instituciones y facilidades, más cruzadas evangelísticas. Esto no es lo que necesitamos. Necesitamos una iglesia «victoriosa» que haya salido de su condición laodicense.

Dado que el bautismo del Espíritu Santo y la justicia por la fe son tan vitales para recibir la lluvia tardía y estar preparados para la segunda venida de Cristo, es importante que entendamos lo que la Biblia enseña sobre estos temas. Así que, como ven, la falta de comprensión y experiencia del bautismo del Espíritu Santo y la justicia por la fe en la iglesia es el corazón del porqué la iglesia sigue en Laodicea, la lluvia tardía no ha caído y Cristo no ha regresado. Por eso el Señor ha traído la seria advertencia laodicense a la iglesia. También es por eso que Satanás continúa avanzando su engaño «omega», llevando a muchos a creer que la obediencia a la ley de Dios, la victoria completa sobre el pecado, es imposible. ¡Todos los que acepten su engaño se perderán!

Conclusión

Las cuestiones son claras. La Palabra de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, llama al pueblo de Dios a ser un pueblo obediente, que guarda los mandamientos. El objetivo de Satanás siempre ha sido, desde la eternidad pasada, llevar a los ángeles y al hombre a una vida de desobediencia pecaminosa a la ley de Dios. En estos últimos días ha ideado un engaño magistral que se ha estado desarrollando durante décadas, al que Elena G. de White llamó la «omega» de las falsas teorías teológicas, diseñadas para alejar al pueblo de Dios de las enseñanzas fundamentales de la iglesia. Ella tembló por el pueblo de Dios cuando se dio cuenta de que habría un engaño satánico de la «omega» tan poderoso.

Esta enseñanza apóstata de la «omega» lleva a los individuos a creer que los Diez Mandamientos de Dios no pueden ser guardados y que el pecado no puede ser vencido en la vida de uno. Esta falsa enseñanza es directamente contraria a la razón misma por la que Dios llamó a la Iglesia Adventista del Séptimo Día a la existencia. Fuimos llamados a advertir al mundo de la segunda venida de Cristo y a llamar a los individuos a aceptar la justicia justificadora y santificadora de Cristo, que resulta en perfecta obediencia a los mandamientos de amor de Dios.

Triste, pero cierto; muchos adventistas, tanto laicos como líderes, han aceptado y están aceptando la mentira de la «omega» de Satanás. Aquellos que acepten este engaño no recibirán la advertencia de Dios a Laodicea y, por lo tanto, permanecerán en su condición laodicense. Y por si fuera poco, incluso se levantarán contra la advertencia e instrucción de Dios a Laodicea, y criticarán fuertemente a aquellos que aceptan y proclaman la verdadera enseñanza bíblica sobre la victoria sobre el pecado. Aquellos que proclaman la verdad serán llamados legalistas, perfeccionistas y fanáticos. Serán vistos como causantes de confusión y enseñantes de falsa doctrina, lo que finalmente llevará a la división en la iglesia.

Aquellos que aceptan la enseñanza de la «omega» se sentirán muy convencidos de sus puntos de vista porque han visto en la iglesia movimientos fanáticos, individuos legalistas que dividen iglesias, y enseñanzas de «carne

santa» y perfeccionistas que alejan a muchos de la iglesia. Así que se verán a sí mismos como los verdaderos defensores de la fe y de la iglesia.

Cuando este levantamiento contra la verdad se convierta en una voz prominente de crítica hacia aquellos que están respondiendo a la advertencia e instrucción de Dios a Laodicea, será un tiempo desafiante para los verdaderos seguidores de Cristo. Por eso será importante para ellos haberse «arraigado en la verdad», como dijo Elena G. de White, para que «no puedan ser movidos» de la verdad.

Debido a los muchos que han recibido la verdad de la victoria y a los muchos que han aceptado la falsa enseñanza de la «omega» de que la victoria sobre el pecado es imposible, vendrá una gran división entre el pueblo profeso de Dios, llamada el zarandeo. Estoy seguro de que será un tiempo difícil para ambas partes. Amigos, familiares e incluso líderes de la iglesia se dividirán por el asunto. Debido a esto, el verdadero remanente de Dios se unirá más que nunca. Esta crisis hará que sientan una profunda necesidad del ánimo y las oraciones de los demás.

Estos eventos están justo delante de nosotros. Los «ejércitos» están siendo reunidos; algunos para Satanás a través del engaño de la «omega» y otros para Cristo a través de la verdad de la victoria. Por eso es esencial que cada lector de este libro considere en oración lo que he presentado. Al final, todos estarán de un lado o del otro; ya sea del lado de la verdad de la victoria sobre el pecado o del lado del engaño de la «omega».

Sobre el Autor

El Pastor Dennis Smith obtuvo una licenciatura en Ciencias en Ingeniería Mecánica de la Universidad Estatal de Colorado. Mientras estaba en Colorado State, se convirtió en cristiano adventista del séptimo día. Después de trabajar en ingeniería por un corto tiempo, sintió el llamado al ministerio a tiempo completo. Smith ha servido a la iglesia como laico activo, y en puestos pastorales y departamentales durante más de 49 años. Se graduó del Seminario Teológico de la Universidad Andrews con una Maestría en Divinidad.

En septiembre de 1999, el Señor guio al Pastor Smith a comenzar a estudiar la enseñanza bíblica sobre el bautismo del Espíritu Santo. Como resultado de este estudio, se sintió impulsado a orar específicamente por esta experiencia bíblica. Poco después de orar para que Dios concediera esta experiencia de llenura del Espíritu, una nueva vida espiritual comenzó a afianzarse. Casi de inmediato, Dennis se sintió impulsado a comenzar a escribir sobre las cosas que estaba aprendiendo y experimentando. Este libro y los muchos libros anteriores son el resultado de esa experiencia.

Sitio web: www.spiritbaptism.org